VALTHORAK
El Rey
Despiadado

Prólogo

En las tierras arrasadas de Valthorak, el viento nunca traía olor a vida. Olía a hierro quemado, a semen podrido, a madera carbonizada y a la carne dulce de los cuerpos que tardaban días en morir.

Dicen que antes había muchos reinos. Ahora solo existe uno. Porque cuando Rey Valthorak conquista, no deja supervivientes. Deja cascaras rotas que todavía respiran, caminan y suplican.

Aquella noche, la luna colgaba baja y enferma, teñida de rojo sangre, sobre la fortaleza de Karavoth. En el gran salón, el aire era tan espeso que se pegaba a la garganta. Olía a sudor agrio, a coños y culos recién destrozados, a vómito, a miedo y a semen fresco.

En el centro, sobre un trono construido con las espadas derretidas y los huesos de reyes anteriores, estaba él.

Rey Valthorak.

Desnudo de cintura para arriba, su pecho ancho y velludo brillaba por el sudor y la sangre que no era suya. Su polla, todavía medio dura y monstruosa, colgaba pesada entre sus muslos gruesos como troncos. Un hilo grueso y blanquecino de semen le bajaba lentamente por la pierna izquierda, goteando sobre el suelo de piedra. No se limpiaba. Nunca lo hacía. Le gustaba que todos vieran lo que dejaba dentro de sus víctimas.

A sus pies yacía lo que quedaba de la Princesa Maelys de Sylvandar.

Hacía solo cinco horas había sido la joven más hermosa y protegida del reino: piel perfecta, cabello dorado, virginidad intacta y un orgullo real que desafiaba a cualquiera. Ahora era una ruina humana. Su vestido real estaba hecho jirones y empapado de fluidos. Su cuerpo desnudo mostraba mordidas profundas que sangraban, moretones violáceos y el símbolo de Valthorak marcado a hierro candente justo encima de su coño hinchado.

Semen espeso, blanco-grisáceo y abundante le salía a borbotones del coño y del ano destrozados, corriendo por sus muslos temblorosos y formando un charco viscoso debajo de ella. Tenía la mirada perdida, rota, muerta. De su boca entreabierta aún salía un hilo de semen mezclado con saliva.

Valthorak sonrió. Una sonrisa lenta, cruel y depredadora que apenas curvaba sus labios gruesos.

—Miradla bien —gruñó con voz ronca y profunda, como el rugido de una bestia—. Hace cinco horas era virgen. Hace cinco horas me escupía a la cara y juraba que se mataría antes de dejar que la tocara. Ahora… mirad cómo tiembla. Mirad cómo le sale mi semen por el culo y el coño como una puta barata.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en sus rodillas. El anillo de hierro negro con púas interiores destelló.

—Esto es lo que hago. No conquisto porque necesite tierras. Conquisto porque me gusta romper. Me gusta escuchar cómo se quiebran las voces orgullosas. Me gusta ver cómo las miradas dignas se apagan mientras las lleno de mi leche hasta que les duele el vientre.

Se levantó lentamente. Dos metros de músculo brutal, cicatrices y pura maldad. Su polla pesada golpeó contra su muslo con un sonido húmedo. Aún no había terminado.

Con un gesto perezoso de la mano, llamó al siguiente. El Rey Thorneval de Sylvandar, padre de Maelys, fue arrastrado por dos guerreros. El hombre, antes imponente y majestuoso, ahora temblaba de rodillas, con la cara hinchada y los ojos llenos de horror.

Valthorak soltó una risa baja y gutural que erizó la piel de todos los presentes. Agarró su polla gruesa con la mano y empezó a masturbarse lentamente frente al rey, con golpes largos y brutales. El glande hinchado brillaba, todavía sucio de los fluidos de su hija.

—Esta noche —dijo con voz oscura y prometedora—, voy a enseñaros a todos lo que significa pertenecer a Rey Valthorak. Voy a follar cada agujero de esta sala. Voy a llenar a vuestras hijas, a vuestras esposas y a vuestros hijos hasta que les salga semen por la nariz. Y cuando termine… cuando todos estéis cubiertos de mi semen y rotos por dentro…

Sus ojos de acero gris brillaron con una hambre monstruosa, insaciable.

—…entonces empezará de verdad mi reino.

Se acercó al Rey Thorneval, todavía masturbándose con fuerza, y le susurró casi con ternura:

—Porque yo no gobierno con leyes.

—Yo gobierno con miedo… y con leche.

Mientras la Princesa Maelys sollozaba débilmente en el suelo, sabiendo que la noche apenas había comenzado, Rey Valthorak sonrió con sus dientes de lobo, mostrando una promesa de dolor y destrucción eterna.

—Bienvenidos a mi mundo.

Capítulo 1: El Forjado en la Sangre y la Vergüenza

El viento del norte aullaba como un lobo herido entre las montañas negras de Drakmor. Allí, donde la tierra era más piedra afilada que suelo fértil, nació Reynar, el niño que nunca debió sobrevivir.

Su padre, Gorthak el Desollador, era un monstruo de casi dos metros: músculos densos y brutales, cráneo rapado, barba negra y ojos grises llenos de violencia pura. Su madre, Elara, había sido una hermosa campesina de dieciséis años cuando Gorthak la capturó durante el saqueo de su aldea. La violó durante tres días seguidos frente a todo el pueblo, la compartió con sus hombres y finalmente la arrastró como su botín personal.

Desde el primer llanto de Reynar, la choza miserable se llenó de violencia y sexo brutal.

Elara intentó proteger y amar a su hijo. Le cantaba con voz rota en las noches en que Gorthak estaba demasiado borracho para golpearla. Pero ese amor nunca duraba.

A los seis años, Reynar ya había presenciado decenas de violaciones.

Gorthak llegaba oliendo a sangre seca, cerveza rancia y sudor ácido de batalla. Sin decir una palabra, agarraba a Elara por el

pelo y la tiraba sobre la mesa astillada. Le subía las faldas harapientas hasta la cintura, le separaba las piernas con violencia y escupía sobre su coño. Su polla era una herramienta de destrucción: gruesa como una muñeca, venosa, con un glande enorme y rojo oscuro. La penetraba de un solo empujón brutal, abriéndole el coño sin piedad.

Los sonidos eran obscenos y húmedos: plap, plap, plap. Los huevos pesados y peludos de Gorthak golpeaban contra Elara con cada embestida salvaje. Le apretaba los pechos con tanta fuerza que dejaba moretones morados durante semanas. A veces la giraba, la ponía a cuatro patas en el suelo sucio y la follaba aún más profundo, tirándole del pelo como a una yegua mientras gruñía como un animal.

—Esto es lo que mereces, puta —jadeaba mientras la reventaba.

Cuando llegaba al orgasmo, eyaculaba chorros potentes y espesos de semen blanquecino-grisáceo. Eran tantos que rebosaban inmediatamente del coño de Elara, chorreando por sus muslos temblorosos y formando charcos en el suelo. A veces la follaba también por el culo, rasgándola sin lubricante, haciendo que sangrara mientras ella sollozaba mordiendo su propio brazo.

El pequeño Reynar se escondía debajo de la mesa, a menos de un metro de distancia, viendo absolutamente todo: la polla

gruesa y brillante entrando y saliendo del coño hinchado y rojo de su madre, los labios vaginales estirados al límite, el semen espeso saliendo a borbotones, las lágrimas de Elara cayendo al suelo.

Y en cada embestida, en cada gruñido de placer de su padre, en cada chorro de semen que salía del cuerpo de su madre… el odio nacía y crecía dentro de él.

Ese odio se volvió más profundo, más negro y más ardiente con los años.

A los ocho años, Reynar ya entendía perfectamente lo que veía. Cada vez que Gorthak follaba a Elara, el niño apretaba los puños hasta sangrar y pensaba: Algún día te haré lo mismo… pero mil veces peor.

A los diez años, la escena más brutal quedó grabada en su mente para siempre.

Gorthak había vuelto especialmente violento. Tiró a Elara sobre la mesa, la folló por el coño durante casi una hora, luego la penetró analmente sin piedad, rasgándola. Elara gritaba y lloraba mientras Gorthak le azotaba el culo con fuerza. Cuando se corrió por segunda vez, le llenó las entrañas de tanto semen que al sacar su polla gruesa, un torrente espeso y mezclado con

sangre salió expulsado de su ano abierto, chorreando por sus muslos y formando un charco grande debajo de ella.

Gorthak se rio, le dio una patada en las costillas y se fue a dormir.

Esa noche, Reynar se quedó mirando el cuerpo destruido de su madre durante horas: coño y ano hinchados y rojos, semen espeso saliendo lentamente de ambos agujeros, moretones por todo el cuerpo. En ese preciso instante, el odio dejó de ser fuego. Se volvió hielo.

Iba a matar a su padre.

No esa noche. Todavía era un niño flaco y débil. Pero esa idea se clavó en su mente como una daga envenenada y ya nunca salió de allí.

Desde esa noche en que vio a su madre tirada en el suelo, con el coño y el ano abiertos, hinchados y chorreando semen mezclado con sangre, Reynar dejó de ser solo un niño asustado. Se convirtió en algo mucho más peligroso: un futuro asesino que planeaba con paciencia fría y calculadora.

Empezó a observar todo con ojos nuevos. Observaba cómo Gorthak bebía: cuántas jarras de cerveza fuerte necesitaba para quedarse profundamente dormido, cómo su cabeza se inclinaba hacia un lado cuando perdía el conocimiento, cómo roncaba con la boca abierta. Observaba dónde guardaba sus

dagas más afiladas, el orden en que las colocaba, cuál era la más afilada. Observaba cómo se movía cuando estaba borracho: lento, torpe, confiado. Observaba la forma en que su polla se ponía blanda después de correrse, colgando pesada y brillante de fluidos entre sus piernas musculosas.

Y mientras observaba, imaginaba.

Imaginaba cortarle los tendones de los brazos y piernas primero, para que no pudiera moverse ni defenderse. Imaginaba agarrar esa misma polla gruesa y sucia que tanto usaba para destruir a su madre, cortarla de un tajo limpio y metérsela entera en la boca mientras Gorthak se ahogaba con su propia carne. Imaginaba abrirle el pecho con el mismo cuchillo que él usaba para desollar enemigos, romperle las costillas una a una y arrancarle el corazón todavía latiendo, para que viera cómo se lo comía frente a sus ojos agonizantes.

Cada noche, después de que Gorthak terminara de follar a Elara, Reynar se quedaba despierto en la oscuridad, repitiendo mentalmente cada paso de su plan, perfeccionándolo, disfrutándolo.

A los doce, trece y catorce años, las violaciones continuaron casi todas las noches, y con ellas, el odio de Reynar se volvió una obsesión enfermiza y devoradora.

Gorthak follaba a Elara con una brutalidad cada vez mayor. Algunas noches llegaba especialmente salvaje. Tiraba a su mujer sobre la mesa, le abría las piernas con fuerza y la penetraba sin escupir siquiera, rasgando su coño seco con su polla gruesa. Elara gritaba de dolor mientras Gorthak empujaba con todo su peso, sus huevos pesados golpeando contra ella. La follaba durante largos minutos, sudando, gruñendo, insultándola, hasta que su coño se hinchaba y se ponía rojo. Luego la giraba, le escupía en el ano y la sodomizaba sin piedad, metiéndole toda su longitud de un solo golpe brutal. Elara mordía la madera de la mesa hasta hacerse sangre en los labios mientras su hijo lo veía todo.

Reynar observaba con los ojos muy abiertos, el corazón latiéndole con fuerza. Veía cómo la polla de su padre entraba y salía del ano de su madre, brillante de fluidos y un poco de sangre. Veía cómo los labios del ano de Elara se estiraban obscenamente alrededor de esa carne gruesa. Y cuando Gorthak se corría, eyaculando chorros potentes y espesos dentro de las entrañas de su madre, Reynar sentía una mezcla de náusea y placer frío.

Pronto esa polla estará cortada. Pronto esa misma leche que tanto disfrutas te la voy a meter por la garganta hasta que te ahogues.

A los quince años, Reynar ya era más alto que la mayoría de los hombres del campamento. Su cuerpo empezaba a endurecerse. Su propia polla había crecido y se ponía completamente dura cada vez que veía a su padre follando a su madre. No era excitación por Elara. Era excitación por la venganza. Se masturbaba en silencio después, imaginando el día en que mataría a Gorthak, y se corría con fuerza pensando en la sangre de su padre.

A los dieciséis años, el plan ya era casi perfecto.

Sabía exactamente cómo lo haría. Esperaría una noche en que Gorthak estuviera completamente borracho después de una gran violación. Dejaría que terminara de follar a Elara, que se corriera dentro de ella y que se quedara dormido profundamente. Entonces entraría en silencio. Primero le cortaría los tendones de los brazos y piernas para que no pudiera moverse. Luego le metería un trapo sucio en la boca para que no gritara. Después, con calma, le cortaría la polla lentamente, disfrutando cada segundo de su agonía, y se la metería en la boca mientras Gorthak se ahogaba con su propia carne ensangrentada.

Finalmente, le abriría el pecho y le arrancaría el corazón todavía latiendo, tal como Gorthak había hecho con tantos hombres.

A los diecisiete años, Reynar ya medía casi 1,90 metros. Su cuerpo era ancho, musculoso y lleno de cicatrices del brutal entrenamiento de su padre. Su polla era grande y gruesa, como la de Gorthak. Su mirada gris acero ya no tenía nada de niño.

El odio ya no ardía como fuego. Se había convertido en una espada afilada, fría, paciente y mortal.

Cada vez que veía a su padre follar a su madre, cada vez que veía esa polla gruesa entrar y salir de su coño o de su ano, cada vez que veía los chorros de semen espeso rebosando de ella, Reynar sonreía por dentro.

Pronto.

Muy pronto.

Y muy pronto… esa espada iba a beber hasta la última gota de la sangre de Gorthak.

Capítulo 2: El Nacimiento del Rey

Valthorak tenía exactamente veinte años la noche en que el monstruo que llevaba dentro terminó de devorar cualquier resto de humanidad.

Medía ya sus imponentes 1,98 metros. Su cuerpo era una masa brutal de músculo denso, venoso y marcado por años de palizas y entrenamiento salvaje. El cráneo rapado, la mandíbula cuadrada y esos ojos de acero gris que no reflejaban luz, solo vacío. Pero todavía vivía bajo el yugo asfixiante de su padre.

Aquella noche, el gran salón del fuerte de piedra negra era un antro de depravación. El aire estaba espeso, casi irrespirable: una mezcla nauseabunda de cerveza agria derramada, humo negro de antorchas, sudor rancio de hombres que no se lavaban en semanas, carne asada con demasiada grasa y el hedor metálico de sangre vieja que nunca terminaba de limpiarse del suelo. Docenas de mercenarios borrachos gritaban, reían groseramente y golpeaban las mesas con jarras de estaño abolladas.

En el centro de todo, sobre la gran mesa de roble macizo cubierta de costras oscuras de sangre seca, semen viejo y vino, Gorthak arrastró a Elara por el pelo enmarañado y grasiento como si fuera un animal.

La mujer era un despojo humano. Cuarenta y pocos años que parecían sesenta. Piel amarillenta y flácida pegada a los huesos,

costillas visibles, pechos colgantes llenos de cicatrices y mordidas antiguas, moretones frescos en muslos y cuello, y una mirada completamente muerta. Llevaba años siendo poco más que un agujero para desahogar la rabia y la lujuria de Gorthak.

—Hoy mi bastardo cumple veinte años —rugió Gorthak con voz pastosa, ebria y cruel, escupiendo saliva mientras hablaba—. Y como regalo especial, le voy a recordar exactamente de dónde salió esta puta mierda que tengo por hijo.

Valthorak permanecía sentado a la derecha de su padre, inmóvil como una estatua de piedra. Por dentro, un odio negro, denso y ardiente como lava le quemaba las entrañas. Llevaba veinte años alimentándolo.

Gorthak no quiso preliminares. Sacó un pesado cuchillo de desollar, curvado y dentado, y estrelló violentamente la cabeza de Elara contra la mesa. El crujido del impacto fue audible. Le rompió la nariz, le saltaron varios dientes y un chorro de sangre salió disparado de su boca. Con un tirón salvaje le arrancó las harapientas ropas, dejando su cuerpo desnudo, marcado y tembloroso expuesto ante la mirada lasciva y ebria de todo el salón.

Comenzó por el vientre.

Con un corte lento, profundo y deliberado desde el pubis hasta el esternón, abrió la cavidad abdominal. Elara soltó un alarido desgarrador, inhumano, que reverberó en las paredes de

piedra. Sus intestinos calientes, brillantes y rosados se derramaron sobre la mesa con un sonido húmedo y repugnante, como un saco de vísceras cayendo. El olor inmediato fue insoportable: sangre fresca, heces y carne abierta. Gorthak metió ambas manos hasta los codos dentro de la herida, riendo como un loco, y empezó a tirar y arrancar trozos de intestino delgado, enrollándoselos en los brazos como sogas sanguinolentas y esparciéndolos por la mesa. Elara convulsionaba violentamente, gritando hasta romperse la voz, con los ojos desorbitados de un terror y dolor indescriptibles.

Valthorak no apartaba la mirada. Cada grito, cada gorgoteo, cada chorro de sangre caliente que salpicaba su rostro alimentaba el odio que ya era un océano negro dentro de él.

Gorthak siguió con placer sádico. Le cortó los pechos con tajos irregulares y brutales, serruchando la carne flácida. Los pezones y grandes trozos de piel y grasa cayeron sobre la mesa con golpes blandos y húmedos. Luego atacó los muslos: cortes profundos hasta el hueso, arrancando filetes grandes de carne roja y temblorosa que masticó cruda frente a su hijo, con la sangre chorreándole por la barba, el pecho y el vientre. Trozos de carne y grasa se le quedaban entre los dientes grandes y amarillentos.

Elara aún respiraba, gimiendo débilmente, temblando en medio de un lago de su propia sangre, vísceras y orina que había liberado en la agonía.

El final fue aún más horripilante. Gorthak tomó un hacha pequeña y rompió las costillas una por una —crac, crac, crac— con golpes secos y fuertes. El tórax quedó abierto como una caja de carne. Metió las dos manos, rompió el pericardio y arrancó el corazón todavía latiendo débilmente. El órgano palpitaba en su mano enorme, chorreando sangre caliente y espesa. Gorthak le dio un mordisco salvaje, arrancando un trozo grande de músculo cardiaco y masticándolo ruidosamente, con la sangre salpicándole los ojos y goteando por su barbilla hasta el suelo. El resto del corazón lo lanzó a los perros hambrientos del salón, que se pelearon gruñendo por devorarlo.

Elara tardó casi tres minutos más en morir: gorgoteando, temblando y mirando el techo con ojos vidriosos mientras su cuerpo se vaciaba.

El salón estalló en risas brutales, aplausos y brindis ebrios.

Valthorak no durmió esa noche ni las siguientes. Se quedó horas sentado junto al cadáver destrozado de su madre. El hedor era asfixiante: carne abierta, sangre coagulada, excrementos, orina y vómito. Memorizó cada detalle repugnante: los intestinos grisáceos desparramados y

pisoteados, los pechos cortados tirados como despojos, el hueco sangrante en el pecho, la expresión de horror absoluto congelada en el rostro de Elara. Aquella imagen se grabó en su mente como hierro candente.

Durante tres largas semanas fingió ser el hijo leal. Bebió con Gorthak, violó prisioneras a su lado, sonrió y rio mientras su padre presumía una y otra vez de haberse comido el corazón de su madre. Por dentro, planeaba cada segundo de la muerte de Gorthak con una frialdad quirúrgica y un placer enfermizo.

La noche llegó.

Gorthak estaba en su cámara personal, completamente ebrio, follándose con furia animal a dos esclavas jóvenes. Las tenía a cuatro patas sobre la cama sucia, alternando brutalmente entre penetrar a una por el coño y a la otra por el culo, sudando como un cerdo, gruñendo y soltando pedos ruidosos por el esfuerzo. El cuarto apestaba a sexo sucio, sudor agrio, semen viejo y alcohol.

Valthorak entró como una sombra. Degolló a las dos mujeres con cortes profundos y limpios. La sangre arterial brotó a chorros calientes y potentes, salpicando las paredes, el techo y el rostro sorprendido de Gorthak.

Antes de que su padre pudiera reaccionar, Valthorak le clavó una daga larga y ancha bajo la mandíbula, atravesándole la lengua y el paladar. Gorthak gorgoteó sangre, con los ojos muy

abiertos por la sorpresa y el dolor. Valthorak lo derribó al suelo, le cortó los tendones de brazos y piernas con tajos precisos y profundos, dejándolo completamente inmovilizado, retorciéndose como un gusano.

Con deliberada lentitud y placer, Valthorak le cortó la polla gruesa y los huevos pesados de un solo tajo brutal. El chorro de sangre fue abundante y caliente. Tomó los genitales todavía calientes y sangrantes y se los metió a la fuerza en la boca a su padre, empujándolos hasta el fondo de la garganta, obligándolo a ahogarse con su propia carne.

Mientras Gorthak se asfixiaba, convulsionando y poniéndose morado, Valthorak repitió el ritual. Le abrió el pecho exactamente igual que Gorthak había hecho con Elara: rompiendo costillas con el hacha, metiendo las manos y arrancándole el corazón aún latiendo. Lo sostuvo frente a los ojos agonizantes de su padre.

—Esto es por mi madre, hijo de puta asqueroso.

Le metió el corazón entero en la garganta, empujándolo con el puño cerrado. Gorthak tardó casi quince minutos en morir: ahogado en sangre, en su propio corazón y en su polla cortada, orinándose y defecándose encima en los últimos espasmos.

Al amanecer, Valthorak salió al salón principal llevando la cabeza de su padre ensartada en una pica. Su cuerpo y rostro estaban cubiertos de sangre seca y fresca. Su polla estaba

completamente dura bajo los pantalones por la adrenalina y el odio liberado.

—Gorthak está muerto —anunció con voz profunda, fría y aterradora que silenció el salón—. Yo soy el Rey ahora. Quien se oponga morirá mil veces peor que él.

Tres capitanes veteranos se levantaron para desafiarlo. Valthorak los destruyó con una ferocidad que hizo vomitar a varios mercenarios endurecidos.

Al primero le rompió el cuello con las manos desnudas, pero lo dejó vivo y paralizado. Luego lo castró vivo, metiéndole los testículos en la boca mientras el hombre gorgoteaba. Al segundo le abrió el vientre lentamente, sacó sus intestinos y los clavó en la pared como guirnaldas mientras el hombre gritaba y se arrastraba dejando un rastro de sangre y mierda. Al tercero lo ató a la misma mesa donde Elara había sido descuartizada y lo dejó desangrarse lentamente después de cortarle la polla y obligarlo a verla durante horas.

El resto de los hombres se arrodilló aterrorizado, temblando.

Así nació Rey Valthorak.

En las semanas siguientes consolidó su poder con actos de tal crueldad que su nombre comenzó a generar pánico puro. Cualquiera que murmurara contra él era arrastrado al salón y torturado públicamente durante días. Empalamientos lentos en

postes gruesos, castraciones en vivo, obligar a hombres a comer sus propios genitales asados, desollar vivos a traidores.

Su primera orden como Rey fue clara y aterradora:

—Traedme a todas las esposas e hijas de los capitanes que sirvieron fielmente a mi padre. Quiero a todas desnudas, encadenadas y presentadas ante mí antes del atardecer.

Cuando las tuvo frente a él —doce mujeres de distintas edades, desde adolescentes hasta maduras, todas aterrorizadas y desnudas—, Valthorak se sentó en el trono construido con los huesos y la armadura de su padre. Su polla gruesa ya estaba completamente erecta y goteando pre-eyaculación.

—Miradme bien —dijo con voz ronca, acariciándose lentamente el miembro venoso frente a ellas—. Este es vuestro nuevo Rey. Vuestro sufrimiento, vuestros gritos y vuestras lágrimas son solo el comienzo de mi reino.

Los gritos y súplicas empezaron poco después y se prolongaron durante toda la noche y los días siguientes.

Y desde ese momento, el mundo entero comenzó a aprender a temer, con auténtico horror, el nombre de Rey Valthorak.

Capítulo 3: El Rey de la Sangre y el Semen

En menos de dos años, Rey Valthorak se convirtió en el monarca más despiadado, sanguinario y temido que el mundo conocido hubiera visto jamás. Su nombre provocaba pánico real en las cortes más lejanas. Los bardos no cantaban sus victorias; susurraban sus atrocidades con voz temblorosa. Era un rey que no gobernaba con leyes ni ejércitos: gobernaba con terror absoluto, con polla, sangre y semen.

Sus batallas no eran enfrentamientos honorables. Eran masacres orquestadas. Valthorak cabalgaba siempre al frente, desnudo de cintura para arriba, el pecho ancho y velludo salpicado de sangre enemiga, cicatrices brillantes bajo el sol, su enorme polla de 24 cm semierecta golpeando pesadamente contra su muslo musculosamente peludo mientras blandía su espada negra.

En la Batalla de las Siete Torres, cuando el Rey Aldric de Valenheim cayó de rodillas, herido y exhausto, Valthorak desmontó lentamente. Se acercó, pisó con su bota sucia la nuca del rey derrotado y, delante de miles de soldados de ambos bandos, levantó el hacha. De un golpe brutal abrió la espalda de Aldric, rompiendo vértebras y costillas con un crujido húmedo. Metió la mano grande y callosa entre los huesos rotos, agarró el corazón aún latiendo y lo arrancó de un tirón brutal. La sangre arterial brotó como una fuente caliente. Valthorak

mordió el corazón frente a todos, masticando la carne caliente y fibrosa con sus dientes afilados, la sangre chorreándole por la barba negra, el cuello y el pecho mientras masticaba ruidosamente. Luego levantó lo que quedaba del órgano y rugió con la boca llena de sangre:

—Este es el sabor de los reyes que se me oponen. ¡Miradlo bien! ¡Vuestros reyes son comida para mí!

Sus hombres aullaron como bestias. Los soldados de Valenheim se rindieron en masa, muchos vomitando de terror.

Tras cada victoria, Valthorak reclamaba su botín más preciado: las familias reales completas. Reinas viudas, princesas y príncipes eran encadenados y arrastrados hasta su campamento o su nueva fortaleza, donde comenzaba el verdadero horror.

La Reina Viuda Seraphine

La Reina Seraphine de Valenheim, de treinta y ocho años, fue la primera en ser reclamada esa noche. Su cuerpo maduro y voluptuoso —pechos pesados y caídos por la maternidad, cintura ancha, caderas generosas y un culo grande y suave— temblaba bajo la luz anaranjada de las hogueras del campamento. La habían encadenado de pie entre dos gruesos postes de madera, con los brazos estirados hacia arriba y las piernas abiertas al máximo, completamente expuesta e

indefensa. Su coño y su ano quedaban a la vista de decenas de soldados que observaban en silencio.

Valthorak se acercó con lentitud deliberada. Su olor corporal era abrumador: sudor ácido de batalla, sangre seca, semen viejo y ese hedor masculino denso que impregnaba todo a su alrededor. Su polla ya estaba completamente erecta, 24 centímetros de carne gruesa, venosa y brutal, con el glande rojo oscuro hinchado y brillando por la pre-eyaculación espesa que no dejaba de segregar.

Se detuvo frente a ella y frotó lentamente su miembro caliente y pesado contra el rostro de la reina. Pasó el glande pegajoso por sus mejillas, por sus labios temblorosos, por su nariz y por sus párpados, embadurnándola con hilos gruesos y transparentes de pre-eyaculación. El olor fuerte y almizclado de su polla sucia llenó las fosas nasales de Seraphine.

— Abre la boca, puta real —ordenó con voz ronca y profunda.

Seraphine apenas tuvo tiempo de sollozar antes de que Valthorak le agarrara la mandíbula con fuerza y le metiera toda la polla de un solo empujón brutal hasta el fondo de la garganta. El enorme glande le golpeó las amígdalas y entró en su esófago. La reina se ahogó violentamente, los ojos desorbitados por el pánico, el cuerpo convulsionando mientras fuertes arcadas sacudían su garganta. Valthorak no tuvo piedad. Empezó a follarle la cara con embestidas largas y

poderosas, sacando casi toda la polla solo para volver a clavarla hasta el fondo. Sus huevos pesados, grandes y peludos, golpeaban rítmicamente contra su barbilla y cuello con un sonido húmedo y obsceno. Saliva espesa, lágrimas y pre-eyaculación caían en hilos gruesos desde la boca de Seraphine, recorriendo sus pechos pesados y goteando desde sus pezones.

—Traga, perra. Traga todo lo que te doy —gruñó él, sujetándole la cabeza con ambas manos mientras aceleraba el ritmo.

Después de varios minutos brutales, Valthorak echó la cabeza hacia atrás y se corrió con un gruñido animal. Chorros potentes, espesos y calientes de semen blanquecino-grisáceo salieron disparados directamente a su estómago. Eran tantos y tan abundantes que Seraphine no podía tragarlo todo. El semen le salió a presión por la nariz y por las comisuras de los labios, chorreando por su barbilla y cayendo sobre sus pechos. Cuando finalmente sacó la polla, un hilo grueso de saliva y semen conectó la boca de la reina con el glande hinchado.

Sin darle tiempo a recuperarse, Valthorak la descolgó de los postes y la tiró al suelo embarrado. La puso a cuatro patas como a un animal, con la cara presionada contra el barro. Escupió abundantemente sobre su polla brillante y, de un solo empujón salvaje, la penetró por completo en el coño. Seraphine soltó un grito ahogado. La polla gruesa la abrió brutalmente,

estirando sus paredes internas hasta el límite. Valthorak empezó a follarla con golpes largos, profundos y violentos. Sus caderas chocaban con fuerza contra su culo maduro y carnoso, produciendo sonidos húmedos y fuertes de carne contra carne. Sus huevos pesados golpeaban contra su clítoris con cada embestida.

Le tiraba del pelo largo con una mano mientras con la otra le apretaba un pecho con fuerza brutal, pellizcándole y retorciéndole el pezón. Se inclinaba sobre ella y le mordía salvajemente los hombros y la nuca, dejando marcas profundas de dientes y haciendo que sangrara. No dejaba de hablarle mientras la follaba:

—Tu rey está muerto… y yo estoy llenando el coño que él ya no volverá a tocar. Vas a parir a mis bastardos, puta.

Después de correrse dentro de su coño con un rugido, llenándola con otra carga enorme de semen, sacó la polla chorreante de fluidos, sangre y semen. Sin limpiarla siquiera, presionó el enorme glande contra su ano virgen y apretado.

Seraphine empezó a suplicar entre sollozos:

—Por favor… no ahí… os lo ruego…

Valthorak ignoró completamente sus súplicas. Empujó con fuerza bruta. El glande hinchado forzó su esfínter, rasgándolo. Seraphine soltó un grito desgarrador de dolor cuando

centímetro a centímetro toda su polla gruesa y venosa desapareció dentro de su culo. Una vez completamente enterrado, Valthorak no esperó. Empezó a sodomizarla con embestidas profundas, salvajes y rápidas. Sacaba casi toda la polla solo para volver a clavarla hasta el fondo, una y otra vez. Sus huevos golpeaban contra el coño lleno de semen de la reina. Mientras la follaba por el culo, metió dos dedos gruesos en su coño, follándola simultáneamente por ambos agujeros.

El dolor era indescriptible. Seraphine lloraba, gritaba y temblaba, pero Valthorak solo aumentaba el ritmo, gruñendo de placer. Le azotaba el culo con fuerza, dejando marcas rojas de su mano grande. Finalmente, con un rugido gutural, se corrió por segunda vez, inundando sus entrañas con chorros potentes y espesos de semen caliente. Cuando sacó la polla lentamente, un torrente de semen mezclado con sangre salió a borbotones de su ano destrozado, corriendo por sus muslos y goteando al barro.

Seraphine quedó tirada de lado en el suelo, temblando incontrolablemente, con ambos agujeros rojos, hinchados y completamente abiertos, rebosando semen espeso. Su rostro estaba cubierto de lágrimas, saliva y semen seco. Ya no era una reina.

Solo era la primera de muchas.

La Princesa Lysandra

La Princesa Lysandra, de diecinueve años, era la joya de Valenheim. Delicada, de piel pálida como porcelana, cabello rubio casi blanco que le caía en ondas suaves hasta la cintura, y un cuerpo esbelto pero con curvas suaves y femeninas. Sus pechos eran medianos y firmes, con pezones pequeños y rosados. Esa noche, su virginidad y su dignidad real fueron brutalmente destruidas.

La ataron boca arriba sobre una mesa de campaña de madera áspera, con las piernas abiertas al máximo mediante cadenas que le sujetaban los tobillos. Sus brazos fueron estirados por encima de su cabeza y asegurados también. Quedó completamente expuesta, su coño virgen y rosado a la vista de Valthorak y de varios de sus oficiales.

Valthorak se colocó entre sus muslos temblorosos. Su polla, monstruosa, gruesa como una muñeca y completamente erecta, palpitaba con fuerza. Frotó lentamente el enorme glande hinchado y caliente contra los labios de su coño virgen, embadurnándola con su pre-eyaculación espesa y pegajosa. Lysandra sollozaba, su cuerpo entero temblando de terror.

—Por favor… soy virgen… os lo suplico…

Valthorak sonrió con crueldad y, sin aviso, empujó con toda su fuerza bruta. Su polla gruesa rasgó el himen de un solo golpe salvaje, abriéndola dolorosamente. Lysandra soltó un grito desgarrador que resonó en todo el campamento. La sensación

fue como si la estuvieran partiendo por la mitad. La polla de Valthorak la estiraba hasta el límite, su enorme glande golpeando brutalmente contra su cervix con cada embestida.

Él empezó a follarla con furia animal, sacando casi toda su longitud solo para volver a clavarla hasta el fondo. El sonido húmedo y obsceno de su polla entrando y saliendo de su coño sangrante llenaba el aire. Le agarró los pechos firmes con ambas manos, apretándolos con fuerza mientras se inclinaba y le mordía salvajemente los pezones rosados, succionando y tirando de ellos hasta que sangraron. Lysandra gritaba y lloraba sin parar.

Con una mano le apretó la garganta, controlando su respiración. Cada vez que ella empezaba a ponerse roja, él aflojaba un poco, solo para volver a apretar mientras aceleraba las embestidas. Después de varios minutos brutales, Valthorak rugió y se corrió por primera vez. Chorros potentes, espesos y calientes de semen inundaron su útero virgen. Eran tantos que su vientre se hinchó ligeramente y el exceso salió a presión alrededor de su polla, mezclado con sangre virginal.

Sin sacarla, la giró con facilidad. Ahora estaba boca abajo sobre la mesa, el culo levantado. Valthorak escupió sobre su polla todavía cubierta de sangre y semen y presionó el glande contra su ano virgen y apretado.

—No… ¡ahí no! ¡Por favor! —suplicó Lysandra entre sollozos.

Valthorak empujó con fuerza bruta. El esfínter de la princesa se rasgó dolorosamente mientras él le metía centímetro a centímetro toda su enorme polla. Lysandra gritaba hasta quedarse ronca, las lágrimas corriendo por su rostro. Una vez completamente enterrado en su culo, Valthorak comenzó a sodomizarla con embestidas largas, profundas y poderosas. Su cuerpo delgado temblaba violentamente con cada golpe. Mientras la follaba anal, metió la mano debajo y empezó a frotarle el clítoris con movimientos expertos y crueles, obligándola a sentir un placer humillante contra su voluntad.

—Siente cómo te rompo, princesa. Tu coño y tu culo ahora me pertenecen.

La folló durante casi una hora, alternando entre su coño y su ano, corriéndose tres veces más dentro de ella. Cuando finalmente terminó, Lysandra quedó tirada sobre la mesa, con ambos agujeros rojos, hinchados y completamente abiertos, chorreando semen espeso y sangre. Su mirada estaba perdida.

El Embarazo y el Nacimiento

Nueve meses después, Lysandra ya no era la misma.

Su vientre estaba enormemente hinchado con el primer hijo de Valthorak. Durante el embarazo, él la había mantenido cerca: la follaba casi todas las noches, incluso cuando su barriga estaba enorme, penetrándola por el culo o haciéndola chuparle la polla.

Al principio ella lo odiaba con todo su ser. Lo maldecía mientras lloraba.

Pero Valthorak era un maestro en el arte del breaking.

La castigaba con brutalidad cuando se resistía, pero también la protegía ferozmente. Mató personalmente a tres soldados que intentaron tocarla. La alimentaba con su propia mano. Por las noches, después de follarla, la obligaba a dormir con la cabeza sobre su pecho velludo, escuchando los latidos de su corazón monstruoso.

Poco a poco, algo enfermizo y retorcido creció en el interior de Lysandra. El terror se mezcló con una dependencia absoluta. Empezó a sentir un calor extraño cuando él la miraba. Cuando Valthorak regresaba de las batallas cubierto de sangre y la follaba con violencia, ella ya no solo lloraba de dolor… también gemía de placer.

El parto fue duro. Dio a luz en la misma fortaleza que Valthorak había conquistado, gritando mientras empujaba. El niño que nació era grande y fuerte, con los mismos ojos de acero gris de su padre. Cuando las comadronas se lo pusieron en los brazos, Lysandra miró al bebé y luego a Valthorak, que estaba de pie junto a la cama, imponente y cubierto de cicatrices.

—Se llamará Gorthar —dijo ella con voz débil pero llena de una extraña devoción—. Como vuestro padre… pero será más fuerte. Como vos.

Valthorak sonrió con orgullo. Se acercó, tomó al bebé con una mano enorme y luego besó a Lysandra en la frente con una ternura casi aterradora.

Desde ese día, Lysandra se convirtió en su favorita. Lo amaba con un amor enfermo y obsesivo. Lo amaba a pesar de su crueldad, a pesar de que él siguiera follándose a otras mujeres frente a ella. Lo amaba porque él había destruido todo lo que era y había reconstruido algo nuevo dentro de ella.

Cada noche se arrodillaba voluntariamente entre sus piernas, le lamía los pies sudados, le chupaba la polla con devoción y le susurraba:

—Soy vuestra, mi Rey. Solo vuestra. Usadme como queráis.

Y Valthorak sonreía, sabiendo que había roto completamente no solo su cuerpo, sino también su alma.

La Princesa Elowen

La Princesa Elowen, de veintiún años, fue forzada a presenciar cada segundo de la destrucción de su hermana Lysandra. Atada de rodillas, con las manos atadas a la espalda y el rostro a solo un metro de la mesa, vio cómo la polla gruesa y venosa de Valthorak entraba y salía brutalmente de los agujeros de su

hermana, cómo los huevos pesados golpeaban contra su coño, cómo Lysandra gritaba y lloraba mientras era llenada de semen una y otra vez.

Cuando Valthorak terminó, su polla salió de Lysandra con un sonido húmedo y obsceno, chorreando una mezcla espesa de semen blanquecino-grisáceo, sangre virginal y fluidos anales. Se giró hacia Elowen y, sin decir nada, le agarró la cabeza con sus manos enormes.

Le metió la polla sucia directamente hasta el fondo de la garganta de un solo empujón. El glande enorme le golpeó las amígdalas y entró en su esófago. Elowen se ahogó con fuerza, los ojos desorbitados, las arcadas violentas mientras vomitaba saliva espesa. El sabor era repugnante y abrumador: coño de su hermana, culo, sangre y semen espeso. Valthorak le folló la cara sin piedad, sacando la polla babeada hasta dejar solo el glande dentro y volviéndola a clavar hasta que su nariz se aplastaba contra su pelvis velluda y sudorosa. Sus huevos pesados, calientes y peludos, golpeaban ruidosamente contra su barbilla, dejando hilos de sudor y fluidos.

—Chúpala bien, princesita. Limpia cada resto del coño y el culo de tu hermana.

La sacó de su boca y la obligó a lamerle los huevos uno por uno, metiéndose las bolas enteras en la boca, chupando y pasando la lengua por cada arruga sudada. Luego le hizo lamer toda la

longitud, desde el ano de él hasta la punta, tragándose los restos viscosos.

Después la pusieron boca abajo sobre la mesa, justo al lado de Lysandra. Valthorak le separó las nalgas con fuerza, escupió un grueso salivazo sobre su ano virgen y presionó su glande hinchado y brillante contra él. Empujó con brutalidad. El ano apretado de Elowen se abrió dolorosamente, estirándose al límite alrededor de la gruesa polla. Ella gritó con agonía cuando más de la mitad entró de golpe, rasgando su interior. Valthorak siguió empujando hasta enterrar toda su longitud, sus huevos pesados presionando contra su coño.

Empezó a follarla anal con embestidas salvajes y rápidas. Sacaba casi toda la polla, dejando su ano abierto y palpitante, solo para volver a clavarla con fuerza brutal. El sonido era obsceno: chap, chap, chap, carne golpeando carne. Le tiraba del pelo con violencia, arqueándole la espalda, mientras le azotaba el culo con la mano abierta, dejando marcas rojas y moradas. Su polla gruesa le abría las entrañas, creando un bulto visible en su vientre plano con cada embestida profunda.

Mientras la sodomizaba, le metió dos dedos gruesos en el coño y empezó a frotarle el clítoris hinchado. Elowen gritaba de dolor, pero su cuerpo empezó a traicionarla: su coño chorreaba abundantemente, mojando los dedos de Valthorak.

—Estás empapada, puta —se rio él—. Tu cuerpo ya sabe a quién pertenece.

Se corrió dentro de su ano con un rugido animal, inundando sus entrañas con chorros potentes y calientes de semen espeso. Cuando sacó la polla, su ano quedó abierto como un túnel rojo, expulsando semen a borbotones que corría por sus muslos. Luego la penetró por el coño y repitió el proceso, follándola sin descanso durante más de una hora, corriéndose dentro de ambos agujeros hasta que Elowen quedó completamente destruida y rebosante.

La Caída Total y la Ascensión

Elowen se volvió completamente ninfómana. Su mente se rompió y se reconstruyó alrededor de la polla y la dominación de Valthorak. Mojaba su ropa interior (o sus muslos) solo con verlo caminar. El olor de su sudor y semen la volvía loca.

Valthorak la convirtió en su mano derecha. Elowen lo acompañaba a todas partes. Se sentaba a su derecha en el trono, con las piernas abiertas, sin ropa, y se masturbaba abiertamente frente a él, a los generales y a las demás esclavas. Metía tres o cuatro dedos en su coño chorreante, frotándose el clítoris hinchado y gimiendo sin vergüenza mientras Valthorak daba órdenes. A veces se corría tan fuerte que salpicaba el suelo, todo mientras miraba a su Rey con adoración obsesiva.

Quedó embarazada de su primera hija. Incluso con la barriga enorme, se arrodillaba frente a Valthorak varias veces al día para chuparle la polla, se sentaba sobre él en las cenas con su polla enterrada profundamente en su ano, y gemía como una perra mientras él la follaba fuerte.

Después del parto, su ninfomanía solo aumentó. Organizaba las orgías más depravadas del reino: decidía cuántos hombres follarían a cada prisionera, ordenaba que las ataran en posiciones humillantes, y participaba activamente. Mientras Valthorak follaba a una nueva conquista, Elowen se masturbaba a su lado o se unía, lamiendo los huevos de su Rey mientras él penetraba a otra mujer.

Tenía libertades absolutas: podía escoger cualquier esclava para follarla cuando quisiera, podía ordenar violaciones públicas, y Valthorak le permitía todo porque sabía que ella era su creación perfecta.

Una noche, después de una orgía masiva donde Elowen había sido follada por diez de sus guardias de élite mientras Valthorak miraba, ella se arrastró hasta él cubierta de semen de varios hombres, con el coño y el ano abiertos y chorreando. Se subió sobre su regazo, se empaló lentamente en su enorme polla y empezó a cabalgarlo con movimientos lascivos y desesperados, apretando su coño alrededor de él.

—Sois mi Dios… —gemía mientras subía y bajaba, sus tetas rebotando—. Os amo por destruirme. Os amo por convertirme en esta puta sin límites. Usadme siempre, mi Rey. Llenadme otra vez.

Valthorak la agarró del culo con sus manos grandes, la penetró con fuerza desde abajo y le gruñó al oído con orgullo salvaje:

—Eres lo mejor que he creado, Elowen. Mi reina puta. Mi mano derecha. Mi obra maestra.

Y mientras le decía eso, la folló con brutalidad hasta llenarla de otra carga enorme de semen, sabiendo que ella era tan despiadada y depravada como él.

El Príncipe Kael

El Príncipe Kael, de veintiún años, fue humillado delante de su madre Seraphine y sus hermanas Lysandra y Elowen. Lo arrastraron desnudo al centro del salón, con el cuerpo temblando de vergüenza. Era un joven atractivo: cuerpo atlético, piel clara, polla de tamaño promedio y un culo firme y redondo que pronto se convertiría en su mayor vergüenza y placer.

Valthorak se sentó en su trono y ordenó:

—Arrodíllate, príncipe.

Kael obedeció temblando. Valthorak sacó su enorme polla de 24 cm, gruesa, venosa y ya completamente erecta, y se la restregó por la cara, embadurnándole mejillas, labios y nariz con abundante pre-eyaculación pegajosa y olorosa.

—Abre la boca.

Kael apenas separó los labios cuando Valthorak le metió toda la polla hasta el fondo de la garganta. El príncipe se ahogó inmediatamente, arcadas violentas sacudiendo su cuerpo mientras el glande le invadía el esófago. Valthorak le agarró la cabeza con ambas manos y le folló la garganta sin piedad: embestidas largas y brutales, sacando la polla babeada hasta el glande y volviéndola a clavar hasta que sus huevos pesados golpeaban contra la barbilla de Kael. Saliva espesa, lágrimas y pre-eyaculación caían en hilos gruesos por el pecho del príncipe. Valthorak no se detuvo hasta que Kael vomitó saliva y bilis sobre su propia polla.

—Buen chico —gruñó Valthorak, sacándola chorreante.

Luego lo doblaron sobre la misma mesa donde habían follado a sus hermanas. Valthorak le separó las nalgas firmes con sus manos grandes, escupió abundantemente sobre su ano virgen y presionó el enorme glande hinchado contra él.

Kael suplicó entre sollozos:

—Por favor… no… soy un príncipe…

Valthorak empujó con fuerza bruta. El ano virgen se abrió dolorosamente alrededor de la gruesa polla, estirándose al límite. Kael gritó con agonía mientras Valthorak le metía más de la mitad de un solo golpe. Siguió empujando hasta enterrar toda su longitud, sus huevos pesados presionando contra los del príncipe. Una vez dentro, empezó a sodomizarlo con salvajismo animal: embestidas duras, profundas y rapidísimas. El sonido era obsceno y húmedo —plap, plap, plap— mientras su polla gruesa entraba y salía del culo apretado de Kael, abriéndolo brutalmente. Le mordía los hombros y la espalda hasta dejar marcas sangrantes, le tiraba del pelo con fuerza y le apretaba la garganta, controlando su respiración mientras lo follaba sin descanso.

—Este culo real ahora es mío —gruñó Valthorak mientras lo reventaba.

Cuando se corrió, inundó las entrañas de Kael con chorros potentes y espesos de semen caliente. Sacó la polla lentamente y un torrente blanco-grisáceo salió a borbotones del ano abierto y rojo del príncipe, chorreando por sus muslos.

Elowen, ya convertida en ninfómana, se acercó con los ojos brillantes de lujuria. Se arrodilló detrás de Kael y empezó a lamerle el semen que salía de su ano destruido, metiendo la lengua profundamente mientras gemía de placer.

La Caída y el Entrenamiento

Desde esa noche, Kael se convirtió en la mascota sexual preferida de Valthorak y especialmente de Elowen.

Lo mantuvieron desnudo en todo momento, con un grueso collar de cuero negro con púas interiores alrededor del cuello y una cadena larga que Elowen sujetaba. Lo paseaba por los pasillos del castillo como a un perro, obligándolo a gatear a cuatro patas. Cada mañana, Elowen lo despertaba metiéndole tres dedos en el culo todavía lleno de semen seco de la noche anterior, follándolo con la mano mientras le susurraba:

—Despierta, perrita. Tu dueña quiere usar su juguete favorito.

Elowen era especialmente cruel y sádica con él. Lo follaba con un strap-on grueso y venoso mientras Valthorak miraba y se masturbaba. Le hacía gritar su nombre mientras lo reventaba. Le obligaba a lamerle el coño y el ano después de que Valthorak la hubiera follado, tragándose la mezcla de fluidos. Lo azotaba hasta dejarle el culo rojo y marcado, y luego lo recompensaba sentándose en su cara y obligándolo a comerle el coño durante horas.

Kael resistió al principio. Lloraba, suplicaba y se avergonzaba cada vez que su propia polla se ponía dura mientras lo follaban. Pero el breaking fue total.

Meses después, Kael ya estaba completamente roto y convertido en una puta obediente.

Ahora gateaba voluntariamente hacia Elowen cada vez que ella chasqueaba los dedos. Movía el culo como una perra en celo cuando ella se acercaba. Su ano se había vuelto permanentemente hambriento: se dilataba solo con ver a Valthorak o a Elowen desnudos.

Elowen lo usaba varias veces al día. Lo ponía a cuatro patas en medio del salón del trono, le metía un plug anal grueso con cola de perro y lo hacía menear el culo mientras ella se sentaba en el trono y se masturbaba mirándolo. Luego lo follaba salvajemente con su strap-on, tirando de la cadena del collar mientras le gritaba:

—¡Mueve ese culo de puta, mascota! ¡Muéstrale a tu Rey lo perra que eres!

Valthorak también lo usaba frecuentemente. Lo sentaba en su polla enorme mientras daba audiencias, empalándolo profundamente y obligándolo a cabalgarlo lentamente frente a nobles y generales. Kael gemía como una zorra, con la polla dura y goteando, moviendo las caderas desesperadamente para sentir cada vena de la polla del Rey dentro de él.

La Aceptación Total

Con el tiempo, Kael aceptó y empezó a disfrutar su nueva posición con vergüenza y placer enfermizo.

Ahora llevaba su collar con orgullo. Se excitaba cuando lo paseaban desnudo por los pasillos y las esclavas se reían de él. Su culo pertenecía completamente a Valthorak y Elowen. Lo ofrecía voluntariamente, arqueando la espalda y separando las nalgas él mismo cuando su dueña chasqueaba los dedos.

Elowen lo había convertido en su mascota personal favorita. Por las noches lo ataba al pie de la cama que compartía con Valthorak. A veces lo despertaba en medio de la noche metiéndole la polla de Valthorak (todavía sucia de su coño) directamente en la boca, obligándolo a limpiarla mientras ella lo follaba por detrás con el strap-on.

Kael se corría sin tocarse solo con sentir cómo le llenaban el culo.

Se había vuelto una bellaquera total: siempre mojado, siempre con el ano dilatado y ansioso, siempre listo para ser usado. Gateaba hacia Elowen lamiéndole los pies y suplicando:

—Por favor, mi ama… usad el culo de vuestra mascota… llenadme…

Elowen sonreía con sadismo y orgullo, tiraba de la cadena y le metía toda su mano en el culo mientras Valthorak observaba satisfecho.

Valthorak miraba a su creación con orgullo y le decía a Elowen:

—Mira cómo se ha convertido en nuestra puta perfecta. De príncipe orgulloso a perra en celo. Eres una excelente ama, mi reina.

Y mientras decía eso, Kael gemía como una zorra, moviendo el culo hacia atrás para que lo follaran más profundo, completamente feliz en su degradación total.

Su culo ya no le pertenecía. Era propiedad exclusiva de Valthorak y Elowen.

Y él lo amaba.

Capítulo 4: El Reino de Luminel

Muy lejos al este, más allá de las Montañas Negras y los bosques sangrientos que marcaban la frontera del imperio de Valthorak, existía un reino que aún no había sido tocado por su sombra.

Se llamaba Luminel.

Luminel era conocido como "El Jardín del Mundo". Un reino próspero, pacífico y de una belleza casi irreal. Sus murallas exteriores, construidas con mármol blanco y piedra lunar, se elevaban imponentes a más de treinta metros de altura. Bajo la luz del sol brillaban con un tono perlado, visibles desde leguas de distancia. Enormes estandartes de seda azul y plata ondeaban en sus almenas, bordados con el emblema del reino: un cisne blanco sobre un campo de lirios dorados.

La capital, Aurelia, era una ciudad de ensueño. Calles amplias pavimentadas con piedra clara, canales de agua cristalina que cruzaban la ciudad, y fuentes talladas en forma de diosas que derramaban agua perfumada. Los templos tenían cúpulas de cristal y oro que reflejaban la luz del sol creando arcoíris permanentes. Los palacios nobles estaban rodeados de jardines exuberantes llenos de rosas blancas, lavandas y árboles frutales que florecían todo el año. El aire siempre olía a flores, pan recién horneado y el suave aroma de los inciensos sagrados.

En el centro de todo se alzaba el Palacio Real de Estelión, una obra maestra de arquitectura etérea. Torres esbeltas coronadas con techos de plata, salones inmensos con columnas de mármol rosado, y un gran salón del trono cuyas vidrieras contaban la historia del reino. Desde sus balcones se podía ver el río Serene brillando como plata líquida, rodeado de campos fértiles que producían las mejores cosechas del continente.

Rey Alden Valorian gobernaba con justicia y sabiduría. Tenía cincuenta y dos años, porte noble, cabello plateado y una barba bien cuidada. Era un rey amado por su pueblo por su compasión y su rechazo a las guerras innecesarias. A su lado estaba Reina Isolde, de cuarenta y ocho años, una mujer de belleza madura y serena, cabello castaño con vetas doradas y ojos verdes llenos de bondad. Juntos habían creado un reino donde la justicia prevalecía y la gente vivía en relativa paz.

Pero su mayor tesoro, la luz de sus vidas, era su hija única.

Princesa Lirael Valorian, de veinte años.

Lirael era una belleza tan exquisita que muchos bardos decían que los dioses se habían reunido para crearla. Medía 1,68 metros de estatura, con una figura esbelta, elegante y femenina que combinaba delicadeza con curvas suaves y tentadoras.

Su cabello era una maravilla: largo hasta la cintura, ondulado de forma natural, del color del oro blanco más puro con sutiles

reflejos plateados y dorados que brillaban intensamente bajo la luz del sol. Era tan fino y sedoso que parecía líquido cuando lo llevaba suelto; caía en cascadas suaves sobre su espalda y pechos, moviéndose como seda con cada paso que daba. Cuando lo recogía, dejaba al descubierto un cuello largo, elegante y delicado como el de un cisne.

Su rostro era de una perfección casi irreal. Piel impecable, pálida como la porcelana más fina, con un suave rubor natural en las mejillas que se intensificaba cuando se avergonzaba o se emocionaba. Tenía unos ojos grandes y expresivos de un azul celeste brillante, como un cielo de verano claro, con motas plateadas que parecían brillar cuando sonreía. Sus pestañas eran largas, espesas y oscuras, dándole una mirada inocente y cautivadora. Cejas delicadas y arqueadas, nariz pequeña y recta, pómulos suavemente marcados y labios carnosos, naturalmente rosados y con forma de arco perfecto. Cuando sonreía, se formaban dos hoyuelos adorables en sus mejillas, y su sonrisa era tan dulce y pura que parecía capaz de iluminar una habitación entera.

Sus hombros eran suaves y redondeados, sus brazos delgados y gráciles, con manos delicadas de dedos largos y elegantes, uñas siempre cuidadas y rosadas.

Su busto era sublime: pechos medianos-altos (tamaño perfecto, firmes y redondos), que se mantenían erguidos de

forma natural. Eran suaves al tacto, con una ligera curva superior tentadora y una piel tan fina que se podían ver las venas azuladas sutilmente bajo la superficie. Sus pezones eran pequeños, delicados y de un rosa claro casi virginal, que se endurecían fácilmente con el frío o la excitación, coronando sus senos como pequeñas gemas.

Su cintura era estrecha y definida, creando una silueta de reloj de arena natural. Su vientre era plano, suave y ligeramente marcado con una delicada línea central, con piel tan tersa que parecía de seda. Sus caderas eran suavemente anchas y femeninas, terminando en un culo redondo, firme, alto y perfectamente moldeado, con una curva suave y tentadora que se balanceaba con gracia al caminar. Sus nalgas eran suaves, tersas y con una textura impecable.

Entre sus piernas, su monte de Venus era delicado y ligeramente abultado, cubierto por un suave vello rubio casi blanco, fino y bien arreglado. Sus labios vaginales eran pequeños, simétricos y de un rosa pálido, cerrados de forma natural como una flor virginal, ocultando un clítoris pequeño y sensible. Su entrada era estrecha y apretada, de un rosa más intenso, con una virginidad intacta que nunca había sido tocada. Su ano era pequeño, rosado y perfectamente fruncido, tan delicado como el resto de su cuerpo.

Sus piernas eran largas, esbeltas y bien torneadas, con muslos suaves y firmes que se estrechaban hacia unas pantorrillas delicadas. Sus pies eran pequeños (talla 36), con un arco elegante, dedos finos y uñas rosadas perfectamente cuidadas. Toda ella desprendía un aroma natural a rosas blancas, vainilla dulce y un toque de miel fresca.

Lirael no solo era físicamente perfecta. Su dulzura la hacía aún más irresistible. Tenía una voz suave, melodiosa y gentil, casi hipnótica. Su risa era ligera y contagiosa. Era compasiva, humilde a pesar de su posición, y trataba a todos con una bondad genuina. Caminaba con gracia etérea, como si flotara, y cuando se movía, su cabello y su vestido parecían bailar con ella.

Era, sin exageración, la joven más deseada y amada de todo el continente. Un símbolo de pureza, belleza y esperanza en un mundo cada vez más oscuro.

Y era exactamente por eso que Rey Valthorak, en su lejana fortaleza, había empezado a soñar con romperla.

Sus padres la protegían con devoción casi obsesiva. Desde pequeña, la rodearon de los mejores tutores, guardias y doncellas. Nunca había conocido el sufrimiento real.

Y había un hombre destinado a protegerla por el resto de su vida.

Sir Garrick Thornwood, de veintiséis años, Comandante de la Orden de los Cisnes Plateados, el ejército élite de Luminel. Garrick era todo lo que un caballero ideal debía ser: alto, de hombros anchos, cabello castaño oscuro, mandíbula fuerte y ojos verdes penetrantes. Experto en espada y estrategia, leal hasta la muerte, honorable y profundamente enamorado de Lirael. Habían sido prometidos desde que ella cumplió dieciocho años. Su boda estaba planeada para la próxima primavera.

El ejército de Luminel era famoso por su disciplina y lealtad. Más de doce mil soldados bien entrenados, vestidos con armaduras plateadas y capas azul celeste. La Orden de los Cisnes Plateados, comandada por Garrick, eran trescientos caballeros de élite, guerreros feroces pero justos que juraron proteger el reino y a la familia real con su vida.

En Luminel aún se creía en el honor, en el amor verdadero, en la bondad y en que la belleza podía vencer a la oscuridad.

Nadie imaginaba que, muy lejos al oeste, un monstruo de dos metros llamado Rey Valthorak había comenzado a mirar en su dirección. Sus exploradores ya le habían hablado de la riqueza de Luminel… y especialmente de la legendaria belleza de su princesa.

Mientras en el Palacio de Estelión, la Princesa Lirael caminaba por los jardines tomada de la mano de Sir Garrick, riendo

inocentemente bajo la luz dorada del atardecer, una sombra negra y sangrienta comenzaba a extenderse hacia su reino.

Capítulo 5: El Corazón Negro de Valthorak

En el centro de un vasto territorio conquistado, rodeado de montañas negras y bosques quemados, se alzaba Karavoth, la fortaleza principal del Rey Valthorak. Antes había sido un bastión en ruinas; ahora era una monstruosidad imponente de piedra negra, hierro y hueso. Sus murallas, de más de cuarenta metros de altura, estaban decoradas con los cráneos y armaduras de reyes y caballeros caídos. Enormes estandartes rojos y negros ondeaban con su símbolo: un lobo devorando un cisne.

El interior de Karavoth era un contraste brutal entre lujo salvaje y barbarie. Los salones eran inmensos, iluminados por miles de antorchas y braseros. El suelo estaba cubierto de pieles de animales y tapices robados de reinos conquistados. El Gran Salón del Trono estaba construido con los huesos y espadas fundidas de sus enemigos. El trono mismo era una monstruosidad hecha con la armadura dorada del Rey Aldric, fundida y remodelada, con calaveras incrustadas en los reposabrazos.

Cuando Rey Valthorak ordenaba un festín, el Gran Salón de Karavoth se transformaba en un infierno de gula, lujuria y depravación sin límites que podía durar desde el atardecer hasta el amanecer del día siguiente.

Las mesas, construidas con troncos gruesos de roble negro, crujían bajo el peso de la comida. Piernas enteras de venado y jabalí asadas hasta que la piel quedaba crujiente y dorada, chorreando grasa caliente. Cerdos enteros rellenos de manzanas y hierbas. Bandejas gigantes de aves asadas, montañas de pan recién horneado, quesos fuertes y maduros, frutas exóticas robadas de reinos lejanos (uvas negras, higos maduros, granadas jugosas), y fuentes rebosantes de miel dorada. Cientos de guerreros comían como animales: desgarraban la carne con las manos y los dientes, se embadurnaban la barba y el pecho de grasa, bebían vino y cerveza fuerte directamente de jarras gigantes, eructaban, reían y vomitaban para seguir comiendo.

Pero la verdadera fiesta no estaba en las mesas.

En el centro del salón, sobre tres grandes plataformas elevadas rodeadas de braseros que proyectaban una luz rojiza infernal, se desarrollaba una orgía masiva y caótica que envolvía a más de ochenta personas.

El aire era espeso, caliente y nauseabundamente dulce. Olía a carne asada, sudor masculino rancio, coños empapados, culos abiertos, semen fresco y viejo, sangre ligera y el almizcle fuerte de pollas sucias y excitadas. El suelo estaba resbaladizo por fluidos de todo tipo.

Valthorak presidía desde su trono elevado, completamente desnudo. Su cuerpo brutal de 1,98 metros brillaba por el sudor. Elowen estaba sentada sobre él, completamente empalada en su enorme polla de 24 cm, moviendo lentamente las caderas mientras su coño apretado lo ordeñaba. Los jugos de Elowen le corrían abundantemente por los huevos pesados y peludos del Rey.

Sylvara, la transexual morena de pechos enormes y culo gigantesco, era una de las estrellas de la noche. Su polla gruesa de 22 cm, venosa y con un glande grande en forma de casco, brillaba permanentemente por la pre-eyaculación espesa. El olor que desprendía su entrepierna era fuerte, almizclado, ligeramente dulce y salado, tan intenso que se sentía desde varios metros. En ese momento tenía a dos esclavas trabajando en ella: una le chupaba la polla con arcadas profundas, babeando profusamente, mientras la otra le lamía el ano y los huevos sudados.

Sylvara gruñó como una bestia y se corrió con fuerza. Su polla palpitó violentamente y empezó a lanzar chorros gruesos y potentes de semen blanquecino-grisáceo directamente a la garganta de la esclava. Eran tantos que la chica se ahogó; el semen le explotó por la nariz en dos chorros gruesos y largos, cayendo sobre sus tetas. Sylvara sacó la polla y siguió eyaculando: varios chorros fuertes y calientes pintaron toda la cara de la esclava, cubriéndole ojos, mejillas, labios y cabello

con capas densas y pegajosas de semen que le colgaban en hilos gruesos desde la barbilla hasta los pechos.

No muy lejos, Lira, la transexual pálida de cabello negro y polla larga y delgada, estaba siendo doblemente penetrada. Un guerrero enorme la follaba por el culo con embestidas brutales mientras ella misma follaba el coño de una noble capturada. Lira se corrió primero: chorros largos, finos pero muy abundantes salieron disparados dentro del coño de la noble, salpicando con fuerza y saliendo por los lados. Casi al mismo tiempo, el guerrero que la follaba por el culo rugió y le llenó las entrañas. Cuando sacó su polla, un torrente espeso de semen salió expulsado del ano de Lira, corriendo por sus muslos en cascadas blancas.

En la plataforma principal, el espectáculo era aún más salvaje.

Una princesa pelirroja de diecinueve años estaba a cuatro patas, siendo usada como un simple objeto. Tres guerreros la penetraban al mismo tiempo. El que la follaba por el coño sacó su polla y eyaculó con fuerza brutal: chorros gruesos y calientes impactaron contra su espalda, nuca y cabello. El que la follaba por el culo se corrió dentro con tanta intensidad que cuando retiró su miembro, un torrente continuo de semen grisáceo salió a borbotones de su ano abierto, chorreando por su coño y formando un charco debajo de ella. El tercero le

llenó la boca hasta rebosar; el semen le salía por las comisuras de los labios y le caía en gruesos hilos sobre sus tetas.

A su lado, una princesa morena de pechos grandes estaba suspendida en el aire con cuerdas, balanceándose como un juguete sexual. Cuatro hombres la penetraban sin descanso.

Uno tras otro se corrían dentro y fuera de ella:

Uno le inundó el coño tan profusamente que su vientre se hinchó visiblemente. Al sacar la polla, el semen salió disparado como una fuente.

Otro le cubrió toda la cara con una carga enorme, pintándole los párpados cerrados, la nariz y la boca.

Un tercero le bañó los pechos hasta dejarlos brillando y chorreando semen espeso.

El último le llenó el ano hasta el límite; cada contracción hacía que salieran pequeños chorros de semen.

La tercera princesa, una rubia delicada y de cuerpo esbelto, estaba siendo destruida por Sylvara. La transexual la tenía doblada sobre una mesa, follándola analmente con embestidas brutales. Sylvara aceleró y rugió al correrse: chorros potentes y calientes golpearon profundamente dentro de las entrañas de la princesa, llenándola tanto que su vientre bajo se hinchó. Cuando Sylvara sacó la polla con un sonido húmedo y obsceno, un torrente grueso y continuo de semen salió expulsado del ano

abierto de la rubia, cayendo al suelo en cascadas blancas y humeantes.

Elowen, cada vez más excitada, cabalgaba con más fuerza la polla monstruosa de Valthorak mientras daba órdenes con voz ronca de placer:

—Quiero que traigan más transexuales… Que dos de ellas se corran en la boca de la pelirroja al mismo tiempo. Que llenen el culo de la morena hasta que no pueda cerrar el ano… ¡Quiero ver ríos de semen por todo el salón!

Valthorak soltó un gruñido animal, apretó las caderas de Elowen con fuerza brutal y se corrió violentamente dentro de ella. Chorros potentes, calientes y abundantes inundaron su útero y coño, saliendo a presión alrededor de su gruesa polla y chorreando en cascadas por los muslos de Elowen y los huevos del Rey.

La orgía continuó durante horas. Pollas sacándose para pintar caras, pechos, culos y vientres con semen espeso y caliente. Mujeres y transexuales chorreando por todos sus agujeros. Charcos blancos y grisáceos se extendían por todo el suelo. El olor era tan denso y animal que impregnaba la piel y el cabello de todos los presentes.

Y en el centro de aquella bacanal infernal de gula, sexo, semen y depravación absoluta, Rey Valthorak sonreía con pura

satisfacción salvaje, mientras su semen seguía saliendo a pulsos dentro del vientre de su puta favorita.

La Reina de la Orgía y Directora General

Elowen era el alma, el corazón y la conductora absoluta de aquella bacanal infernal. Convertida en una ninfómana obsesiva y sin límites, se había transformado en la extensión perfecta de la voluntad de Valthorak, tanto en el campo de batalla como en la depravación más absoluta.

Su cabello rubio platino, largo y sedoso, estaba completamente empapado de sudor y pegado a su espalda y hombros. Mechones húmedos se adherían a su piel clara y sonrojada, resaltando su cuello elegante y sus hombros delicados. Sus pechos medianos y firmes rebotaban con fuerza hipnótica mientras cabalgaba sin piedad la monstruosa polla de Valthorak, sus pezones rosados hinchados y duros como guijarros sensibles. Cada roce contra el pecho velludo y sudoroso del Rey le arrancaba gemidos agudos y entrecortados.

Pero era su coño lo que se había convertido en una verdadera obra maestra de lujuria. Los labios mayores, hinchados y de un rojo intenso, se abrían obscenamente con cada subida. Los labios internos, gruesos y brillantes, colgaban hacia afuera, mostrando el interior rosado, aterciopelado y empapado. Su clítoris prominente estaba hinchado al máximo, palpitante y enrojecido, rozándose constantemente contra la base gruesa

de la polla del Rey. Su interior era un horno caliente, extremadamente apretado y jugoso; las paredes vaginales succionaban y ordeñaban la verga de 24 centímetros con contracciones expertas y hambrientas, como si su coño tuviera vida propia y estuviera desesperado por beber hasta la última gota de semen.

Elowen cabalgaba con maestría salvaje. Movía las caderas en círculos amplios y profundos, luego subía casi hasta sacar el glande hinchado solo para dejarse caer con fuerza brutal, empalándose hasta el fondo. Los huevos pesados y peludos de Valthorak golpeaban ruidosamente contra su ano dilatado con cada descenso, produciendo sonidos húmedos y obscenos. Sus jugos transparentes y abundantes chorreaban sin parar por la polla gruesa, empapando los muslos musculosos del Rey, sus huevos y formando un charco cada vez más grande sobre el trono y el suelo de piedra.

— ¡Más fuerte, mi Rey! —ordenó con voz ronca, autoritaria y cargada de lujuria, sin dejar de cabalgar—. ¡Quiero ver cómo destrozan culos y llenan bocas hasta que se ahoguen en leche! ¡Que no quede ni un solo agujero vacío esta noche!

Mientras gritaba la orden, Elowen sintió que el primer orgasmo se acercaba como una ola imparable. Aceleró el ritmo, rebotando con violencia sobre la polla gruesa. Sus paredes internas se contrajeron con fuerza brutal alrededor del

miembro de Valthorak, ordeñándolo rítmicamente. De pronto echó la cabeza hacia atrás, su rostro contorsionado en una expresión de placer absoluto: ojos en blanco, boca abierta en un grito silencioso que terminó en gemidos agudos y entrecortados, lengua asomando ligeramente. Todo su cuerpo tembló violentamente mientras expulsaba chorros potentes y claros de squirt que salpicaron con fuerza el abdomen velludo del Rey, sus muslos y el suelo.

Aun en medio del clímax, Elowen no dejó de dirigir la orgía. Señaló con el dedo, jadeando entre gemidos:

— ¡Sylvara! ¡Fóllate el culo de esa princesa rubia hasta que le quede abierto como un túnel! ¡Quiero verle el interior rosado! —Sylvara gruñó obediente y embistió con más fuerza, haciendo que la princesa gritara mientras su ano se dilataba obscenamente alrededor de la polla de 22 centímetros.

— ¡Lira! ¡Mete tus dos pollas en las bocas de las morenas al mismo tiempo! ¡Ahógalas! —Lira sonrió con sadismo y obedeció, forzando sus dos miembros en las gargantas de las nobles, que se convulsionaban con arcadas violentas.

Elowen se inclinó hacia atrás, apoyando las manos en los muslos poderosos de Valthorak, y siguió cabalgando con renovada violencia. Sus nalgas firmes chocaban contra él con sonidos húmedos y fuertes. Su ano rosado y entrenado se contraía

visiblemente cada vez que subía, mostrando lo mucho que había sido usado y dilatado.

—Seraphine… —gimió, casi sin aliento—, baña a las nuevas esclavas. Quiero verlas ahogarse en tu pis mientras lloran.

La Reina Viuda Seraphine, ya completamente rota y convertida en sádica, sonrió con placer enfermizo. Abrió sus piernas y soltó un chorro dorado y potente sobre el grupo de nobles arrodilladas, que tosían y tragaban mientras lloraban de humillación.

Lysandra, por su parte, ataba expertamente a otra víctima con cuerdas rojas, dejando su cuerpo expuesto en una posición humillante. Kael, completamente desnudo y con su collar de mascota, gateaba entre las piernas de todos, lamiendo con devoción semen, jugos vaginales, orina y sudor del suelo como la perra obediente en la que se había convertido.

Elowen sintió que un segundo orgasmo se construía rápidamente sobre el primero. Se inclinó hacia adelante, apoyando sus pechos contra el pecho velludo de Valthorak, y empezó a mover las caderas en movimientos cortos y brutales, frotando su clítoris hinchado contra su pelvis con cada golpe.

—Mi Rey… —gimió con adoración obsesiva, mirándolo directamente a los ojos de acero gris—. Llenadme… inundad mi útero otra vez. Quiero sentir cómo me hincháis el vientre con vuestra leche caliente…

Valthorak gruñó como una bestia salvaje. Sus manos enormes apretaron las caderas de Elowen con fuerza brutal, dejando marcas rojas en su piel clara, y empezó a follarla desde abajo con embestidas poderosas y profundas. Cada golpe hacía que sus huevos pesados chocaran violentamente contra ella.

Elowen gritó de placer. Su segundo orgasmo fue aún más intenso. Su coño se contrajo con espasmos violentos alrededor de la polla gruesa, ordeñándola con fuerza. Expulsó otro chorro potente de squirt que salpicó el pecho y la cara de Valthorak. Todo su cuerpo se convulsionó, temblando incontrolablemente mientras seguía cabalgando entre gemidos roncos y desesperados.

— ¡Otra vez! ¡Me corro otra vez! —aulló, casi sin control.

Apenas terminó de gritar cuando un tercer orgasmo la atravesó, más corto pero más brutal. Sus paredes vaginales apretaron con tanta fuerza que Valthorak gruñó de placer. Elowen se arqueó hacia atrás, gritando con la boca abierta mientras más jugos salían a chorros de su coño, empapando todo a su alrededor.

Sin dejar de temblar por los orgasmos encadenados, siguió dando órdenes entre gemidos ahogados:

— ¡Kael! ¡Ven aquí y lame mis jugos del suelo mientras tu Rey me folla! —El príncipe convertido en mascota gateó rápidamente hasta el trono y empezó a lamer con devoción el

charco de fluidos bajo ellos, rozando con su lengua los huevos de Valthorak y el ano de Elowen cada vez que esta subía.

Elowen sonrió con éxtasis absoluto, agarró al príncipe por el pelo y presionó su cara con más fuerza contra la unión de sus sexos.

—Buen perrito… lame todo lo que tu ama derrama…

Valthorak, al límite, rugió como un animal. La sujetó con fuerza y la embistió con violencia salvaje desde abajo, follándola como si quisiera partirla en dos. Elowen sintió cómo la polla monstruosa palpitaba dentro de ella y, finalmente, cómo chorros potentes, calientes y abundantes de semen espeso inundaban su útero. El volumen era tan grande que su vientre se hinchó ligeramente y el exceso salió a presión alrededor de la polla, chorreando en cascadas blancas y grisáceas por los muslos de ambos.

Elowen se corrió por cuarta vez al sentir cómo la llenaban, gritando el nombre de su Rey con adoración enfermiza mientras su coño seguía ordeñando hasta la última gota.

Aun empalada y temblando, con semen chorreando abundantemente de su coño, Elowen miró a su alrededor con ojos vidriosos de placer y sonrió con sadismo puro.

—Esto recién empieza… —susurró, aún contrayéndose alrededor de la polla todavía dura de Valthorak—. Quiero que esta noche nadie pueda caminar mañana.

Seraphine — Maestra de la Humillación y los Baños Dorados

Seraphine, la antigua Reina Viuda de Valenheim, se había convertido en una de las herramientas más sádicas y eficientes del reino de Valthorak. Su cuerpo maduro y voluptuoso, marcado por años de uso brutal y placeres oscuros, exudaba una autoridad perversa mientras caminaba entre las víctimas. Sus pechos pesados y caídos, grandes y llenos de estrías plateadas, rebotaban pesadamente con cada paso. Sus pezones grandes, oscuros y gruesos estaban completamente erectos, hinchados y sensibles, coronando aquellas tetas maduras como dos gemas oscuras.

Su vientre suave mostraba ligeras marcas de los embarazos que Valthorak le había obligado a tener, y sus caderas anchas y generosas terminaban en un culo grande, blando y carnoso que se balanceaba con cada movimiento. Pero lo que más destacaba era su coño: grueso, carnoso y obscenamente usado. Los labios mayores eran grandes y colgantes, hinchados por la excitación continua, de un rojo oscuro y brillante. Los labios internos, gruesos y protuberantes, asomaban entre ellos como carne jugosa, chorreando hilos transparentes de excitación que le corrían por los muslos.

En ese momento tenía a seis esclavas nobles y dos princesas capturadas arrodilladas en fila perfecta frente a ella, todas desnudas, con las manos atadas a la espalda y las caras levantadas en una mezcla de terror y resignación.

Seraphine se detuvo frente a ellas con las piernas bien abiertas, plantando los pies con autoridad. Con una mano se separó los gruesos labios vaginales, exponiendo el interior rosado y reluciente de su coño maduro. Sonrió con crueldad sádica, mirando directamente a los ojos de las primeras víctimas.

—Mirad bien, putas de sangre real… —gruñó con voz ronca y cargada de placer—. Esto es lo que queda de una reina cuando el Rey Valthorak la rompe.

Sin más advertencia, Seraphine relajó su vejiga y soltó un chorro potente, caliente y dorado de orina que salió con fuerza impresionante. El pis impactó directamente contra la cara de la primera princesa, golpeándole la frente, los ojos cerrados con fuerza y la boca abierta en un grito ahogado. El líquido caliente salpicó con violencia, empapando su cabello, corriendo por sus mejillas y cayendo en cascadas sobre sus pechos.

Seraphine movió las caderas lentamente, dirigiendo el fuerte chorro de izquierda a derecha como si estuviera marcando territorio. Bañó a cada una de las ocho mujeres con deliberada crueldad: les llenó las bocas abiertas, les golpeó los ojos, les

empapó el cabello y les bañó los pechos y los vientres. El sonido era constante y obsceno: un fuerte siseo líquido acompañado de los sonidos de ahogo, tos y llanto de las víctimas.

— ¡Bebed, nobles zorras! —gruñó Seraphine, gimiendo de placer sádico mientras seguía orinando—. Este es el néctar de una reina rota. Tragad cada gota si no queréis que os folle el culo con el tacón de mi bota.

El chorro era abundante y duró casi un minuto entero. Algunas de las mujeres intentaban girar la cara, pero Seraphine las agarraba del pelo con la mano libre y les mantenía la cara en posición, obligándolas a recibirlo todo. El pis caliente les corría por el cuerpo, formando charcos debajo de sus rodillas. El olor fuerte y almizclado llenaba el aire alrededor del grupo.

Cuando por fin el chorro empezó a debilitarse, Seraphine apretó los músculos y expulsó las últimas gotas con fuerza directamente sobre la cara de una de las princesas más jóvenes, que sollozaba con la boca llena.

—Lamedme ahora —ordenó con voz ronca.

Agarró por el pelo a dos de las esclavas —una princesa morena de pechos grandes y una noble rubia de mirada rota— y tiró de ellas hacia adelante. Presionó la cara de la primera contra su coño empapado de orina y jugos.

—Limpia bien, puta. Usa esa lengua de noble como la puta que eres.

La princesa morena obedeció temblando, sacando la lengua y lamiendo los gruesos labios colgantes de Seraphine, recogiendo la mezcla de orina, jugos vaginales y restos de semen de Valthorak que aún quedaban allí. Seraphine gimió de placer y empujó sus caderas hacia adelante, frotando su coño carnoso contra la cara de la chica, cubriéndole nariz, boca y mejillas.

—Más adentro… métela dentro. Chupa mi clítoris.

Mientras la primera lamía, Seraphine giró ligeramente y presionó el rostro de la noble rubia contra su ano.

—Tú encárgate de mi culo. Limpia todo, perra.

La rubia, con lágrimas y orina corriendo por su cara, hundió la lengua en el ano dilatado y todavía lleno de semen de Seraphine, lamiendo con devoción humillada. Seraphine soltó un gemido largo y profundo, agarrando con fuerza el cabello de ambas mientras disfrutaba de las dos lenguas trabajando en sus agujeros.

—Así… buenas putas… —ronroneó con sadismo—. Mirad cómo caen las nobles de antaño. Lamiendo el coño y el culo meados de una reina conquistada.

Desde su trono, Elowen observó la escena mientras seguía cabalgando lentamente la polla de Valthorak y sonrió con aprobación.

— ¡Más fuerte, Seraphine! —gritó—. ¡Quiero que las ahogues en tu pis y luego las hagas lamer los charcos del suelo!

Seraphine levantó la mirada con una sonrisa perversa y obedeció. Empujó a las dos lamedoras a un lado y ordenó a las demás:

—Todas a cuatro patas. Lamed el suelo. Quiero veros beber mi meado mezclado con el semen que se ha caído de vuestras hermanas.

Las ocho mujeres, completamente empapadas y humilladas, se inclinaron y empezaron a lamer el suelo de piedra, tragando la mezcla caliente y salada mientras sollozaban. Seraphine caminó entre ellas, pisando sus cabezas y frotando su coño chorreante contra sus espaldas y cabellos, marcándolas como ganado.

—Esto es lo que sois ahora —dijo con voz triunfante y excitada—. Solo agujeros y lenguas para el placer del Rey.

Lysandra — Maestra de la Sumisión y el Bondage Extremo

Lysandra, la princesa rubia que una vez fue la joya inocente de Valenheim, se había convertido en la maestra indiscutible del bondage y la tortura placentera dentro del reino de Valthorak. Su cuerpo esbelto y elegante brillaba bajo la luz rojiza de los

braseros, completamente cubierto de una fina capa de sudor que hacía resaltar cada curva. Sus pechos firmes y redondos, del tamaño perfecto, rebotaban con cada movimiento; sus pezones rosados pequeños estaban tan hinchados y duros que parecían dos pequeñas cerezas listas para ser mordidas.

Su coño completamente depilado era una visión obscena de lujuria pura. Los labios mayores estaban hinchados y de un rosa intenso, ligeramente separados por la excitación constante. Los labios internos, finos pero alargados, asomaban húmedos y brillantes, chorreando hilos transparentes de jugos que le corrían por los muslos esbeltos. Su clítoris estaba visiblemente hinchado, palpitando con cada latido.

Con una sonrisa dulce pero cargada de sadismo, Lysandra caminaba entre sus tres víctimas nobles, sosteniendo en la mano un enorme consolador negro venoso de 30 centímetros, grueso como una muñeca. Las cuerdas rojas y negras contrastaban hermosamente contra la piel pálida de las prisioneras.

La primera noble —una condesa de cabello castaño— estaba suspendida en el aire con intrincadas cuerdas shibari, las piernas abiertas al máximo y los brazos atados a la espalda. Su cuerpo colgaba a la altura perfecta. Lysandra se colocó entre sus muslos temblorosos y, sin piedad, presionó el enorme glande del consolador contra su coño empapado.

—Respira, putita noble… —susurró Lysandra con voz suave y cruel, casi cariñosa—. Esto va a doler… y te va a encantar.

Empujó con fuerza. El monstruoso consolador de 30 cm entró brutalmente, abriendo el coño de la condesa hasta el límite. La mujer soltó un grito desgarrador que se convirtió en un gemido ahogado cuando Lysandra empezó a follarla con embestidas largas y violentas. El consolador entraba y salía casi por completo, brillando con los jugos de la víctima, haciendo un sonido húmedo y obsceno con cada golpe.

Lysandra se agachó ligeramente, acercó su rostro y atrapó el clítoris hinchado de la condesa entre sus labios. Lo chupó con fuerza, succionando y lamiendo rápidamente mientras seguía follándola sin descanso con el enorme consolador. La noble convulsionaba en el aire, gritando y llorando de placer forzado. Sus jugos claros salían a chorros con cada embestida profunda, salpicando el rostro y los pechos de Lysandra.

Sin dejar de chupar, Lysandra metió tres dedos largos y delgados en el ano dilatado de la mujer, follándola por ambos agujeros al mismo tiempo. La condesa se corrió violentamente, eyaculando con fuerza mientras todo su cuerpo se sacudía en las cuerdas como una marioneta rota.

—Buena chica… —ronroneó Lysandra, bebiendo sus jugos sin parar—. Sigue corriéndote para mí.

La segunda noble estaba atada boca abajo sobre una mesa baja, el culo levantado obscenamente y las piernas abiertas. Sus nalgas ya estaban rojas por los azotes previos. Lysandra cogió un pesado látigo de cuero y lo descargó con fuerza varias veces más, dejando marcas frescas y brillantes en la piel pálida. La mujer sollozaba y gemía, moviendo el culo instintivamente hacia atrás.

Lysandra se arrodilló detrás de ella, escupió abundantemente sobre su ano y, sin previo aviso, empezó a meterle la mano entera. Primero cuatro dedos, luego el pulgar, y finalmente toda la mano desapareció dentro del culo de la noble con un sonido húmedo y obsceno.

— ¡Aaaahhh! —gritó la mujer, arqueando la espalda.

Lysandra comenzó a follarla con el puño lentamente al principio, luego cada vez más rápido y profundo. Su mano entraba y salía hasta la muñeca, abriendo el ano de la noble de forma grotesca. Con la otra mano alcanzó debajo y empezó a frotarle el clítoris hinchado con movimientos rápidos y precisos.

—Siente cómo te abro, zorra —gruñó Lysandra, excitada—. Tu culo real ahora es mío.

La noble se corrió con tanta fuerza que sus piernas temblaron violentamente y un chorro de squirt salió disparado de su coño, mojando el suelo. Lysandra no se detuvo. Siguió fistando su ano sin piedad, curvando los dedos dentro de ella para golpear su

punto más sensible mientras la mujer gritaba y lloraba de placer humillante.

La tercera víctima, una joven baronesa de diecinueve años, estaba atada de rodillas con las muñecas unidas a los tobillos, obligada a mantener el pecho pegado al suelo y el culo en alto. Lysandra se acercó sonriendo, llevando en la mano dos pesadas pinzas metálicas.

—Tu turno, princesita…

Le colocó las pinzas en los pezones sensibles, apretándolas hasta que la chica gritó. Luego cogió un segundo consolador aún más grueso y lo hundió de un solo golpe en su coño virgen de uso reciente. Mientras la follaba con fuerza brutal, Lysandra tiraba de las pinzas, estirando sus pezones y provocando oleadas de dolor y placer.

Desde el trono, Elowen gritó entre gemidos mientras cabalgaba a Valthorak:

— ¡Lysandra! ¡Quiero ver a las tres corriéndose al mismo tiempo! ¡Haz que se meen de placer!

Lysandra sonrió con devoción enfermiza y obedeció. Aumentó la velocidad de sus embestidas y puños, chupando, azotando y follando sin descanso. Las tres nobles empezaron a gritar y convulsionarse casi al unísono: chorros de squirt, gemidos

ahogados y lágrimas de placer forzado llenaron esa sección del salón.

Lysandra, con el rostro y el pecho cubiertos de jugos de sus víctimas, levantó la mirada hacia el trono donde Valthorak follaba a Elowen y susurró con adoración absoluta:

—Todo para vos, mi Rey… Vuestras putas son mis obras maestras.

Kael — La Mascota Sexual y Juguete Colectivo

Kael, el que alguna vez fue el orgulloso Príncipe Heredero de Valenheim, ya no era más que una mascota sexual rota y completamente entregada. Gateaba completamente desnudo por el suelo resbaladizo de fluidos del Gran Salón, con el grueso collar de cuero negro con púas interiores clavándose en su cuello cada vez que Elowen tiraba de la cadena. Su ano estaba permanentemente dilatado: un agujero rojo brillante, hinchado y abierto como un túnel obsceno, que no conseguía cerrarse ni siquiera en reposo. De él chorreaba constantemente semen espeso y blanquecino-grisáceo de múltiples cargas anteriores, corriendo por sus muslos y goteando al suelo con cada movimiento.

Su polla, encerrada en una pequeña jaula de metal plateado demasiado ajustada, estaba hinchada y dolorida dentro de los barrotes. El glande morado asomaba por el hueco frontal, goteando sin parar hilos largos y transparentes de pre-

eyaculación que colgaban hasta el suelo. Cada vez que alguien lo miraba o lo usaba, su polla prisionera palpitaba inútilmente, incapaz de endurecerse del todo.

Elowen, todavía empalada en la polla de Valthorak, tiró con fuerza de la cadena.

—Ven aquí, perrita. Tus dueñas transexuales quieren usar su juguete favorito.

Kael gateó rápidamente, moviendo el culo con descaro como una perra en celo, dejando un rastro de semen detrás de él. Elowen lo posicionó justo frente a Sylvara y Lira.

Sylvara, la imponente transexual morena de pechos enormes, agarró al príncipe por el pelo y le restregó su polla gruesa de 22 cm, venosa y todavía brillante de fluidos, contra la cara. El olor era intenso: sudor, semen viejo y el almizcle fuerte de su entrepierna.

—Abre esa boca de puta real —ordenó Sylvara con voz grave.

Kael obedeció al instante, abriendo la boca con la lengua afuera como le habían enseñado. Sylvara empujó su polla gruesa hasta el fondo de su garganta de un solo golpe, follándole la cara con embestidas brutales. Sus huevos pesados golpeaban contra la barbilla del príncipe mientras este se ahogaba, babeando profusamente y con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Al mismo tiempo, Lira, la transexual pálida de polla larga y delgada pero extremadamente dura, se arrodilló detrás de Kael. Escupió sobre su ano ya abierto y, sin ningún miramiento, clavó toda su longitud de un solo empujón salvaje.

Kael soltó un gemido ahogado y animal alrededor de la polla de Sylvara. Sus ojos se pusieron en blanco de placer humillante mientras movía el culo hacia atrás con desesperación, pidiendo más profundidad.

—Mirad cómo pide que lo revienten —se rio Elowen desde el trono, sin dejar de cabalgar lentamente a Valthorak—. ¡Más fuerte! Queremos oír cómo gime como la zorra que es.

Sylvara y Lira lo follaron sin piedad al mismo tiempo. Sylvara le sujetaba la cabeza con ambas manos y le follaba la garganta hasta que su nariz se aplastaba contra su pelvis, mientras Lira le reventaba el ano con embestidas largas y rápidas, sacando casi toda su polla solo para volver a enterrarla hasta los huevos.

Kael gemía como una puta barata, moviendo las caderas hacia atrás con cada embestida, buscando que lo llenaran más profundo. Su polla enjaulada goteaba un charco de pre-eyaculación debajo de él.

Sylvara fue la primera en correrse. Rugió como una bestia y sacó su polla de la boca de Kael justo a tiempo para explotar. Chorros potentes, gruesos y calientes de semen impactaron

contra su cara, llenándole la boca abierta, los ojos, la nariz y el cabello. Kael tragaba lo que podía entre toses, pero la mayor parte le chorreaba por la barbilla y el pecho.

Casi al mismo tiempo, Lira enterró su polla hasta el fondo en el ano del príncipe y se corrió con fuerza. Kael sintió cómo chorros abundantes y calientes inundaban sus entrañas. Cuando Lira sacó su miembro lentamente, un torrente grueso y continuo de semen salió a borbotones del ano dilatado de Kael, cayendo al suelo en cascadas blancas y pegajosas.

—Buen perrito —ronroneó Elowen, tirando de la cadena para acercar su cara—. Limpia la polla de Lira.

Kael, con la cara cubierta de semen, obedeció inmediatamente y lamió con devoción la polla de Lira, limpiando hasta la última gota de semen y fluidos anales.

La orgía continuaba sin control a su alrededor.

Sylvara había regresado a follar el culo de una princesa pelirroja con fuerza brutal. Cuando se corrió dentro de ella, sacó su polla gruesa y un torrente explosivo de semen salió disparado del ano abierto de la chica, salpicando el suelo y los muslos de los presentes.

Lira, todavía dura, se masturbaba sobre las tetas de dos esclavas arrodilladas, pintándolas completamente con gruesos

chorros de semen blanco que les cubrían los pechos y los rostros.

Seraphine, riendo con sadismo, agarró a Kael por el pelo y le orinó directamente en la cara mientras este lamía obedientemente su coño carnoso, tragando la mezcla caliente de pis y jugos.

Lysandra, por su parte, acababa de hacer que una transexual se corriera profundamente dentro del coño de una princesa atada. Se arrodilló con elegancia, separó los labios hinchados de la chica y chupó con avidez el semen que salía a borbotones, tragándolo con placer mientras miraba a Valthorak con adoración.

Elowen, sintiendo que Valthorak estaba al límite, empezó a cabalgar más rápido y con más fuerza. Su coño caliente y empapado apretaba la monstruosa polla del Rey con contracciones expertas.

—Llenadme, mi Rey… —suplicó entre gemidos desesperados—. Quiero sentir cómo me hincháis el vientre otra vez.

Valthorak rugió como una bestia salvaje, agarró las caderas de Elowen con sus manos enormes y empujó hacia arriba con violencia. Chorros potentes, calientes y abundantes de semen explotaron dentro de ella, inundando su útero. El volumen era tan grande que el exceso salió a presión alrededor de la gruesa

polla, chorreando en cascadas blancas y pegajosas por los muslos de Elowen y los huevos del Rey.

Todo el salón era un espectáculo dantesco de fluidos, gemidos y placer animal: culos dilatados que no se cerraban, coños abiertos y palpitantes chorreando, caras completamente cubiertas de semen y orina, cuerpos brillantes de sudor y fluidos, pollas todavía duras goteando y gargantas tragando con dificultad.

Y en el centro de aquella orgía eterna, sentado en su trono de huesos y acero, Rey Valthorak sonreía con pura satisfacción salvaje, completamente dueño de su reino de sangre, miedo y semen.

Capítulo 6: El Lobo y sus Cachorros

La mañana siguiente a la gran orgía, el Gran Salón de Karavoth aún olía a semen, sudor y vino agrio. Cuerpos exhaustos dormían en los rincones o eran arrastrados por los sirvientes. Pero en las estancias privadas del ala norte, lejos de los gritos y la depravación, reinaba un extraño silencio dorado.

Valthorak estaba sentado en el suelo.

El Rey de la Sangre y el Semen, el hombre que había arrancado corazones y destrozado reinos, estaba descalzo sobre una gruesa alfombra de pieles de lobo, con las piernas cruzadas y una sonrisa suave en los labios. Llevaba solo unos pantalones negros holgados. Su torso enorme, cubierto de cicatrices y vello oscuro, se movía con lentitud mientras sostenía en alto a su hijo.

— ¡Otra vez, padre! ¡Otra vez! —gritaba Gorthar con la voz llena de risa.

El niño tenía cinco años, pero ya era grande para su edad. Cabello negro como el suyo, ojos de acero gris idénticos a los de su padre y una energía salvaje que hacía reír a Valthorak con un sonido profundo y ronco.

— ¿Estás seguro, cachorro? La última vez casi te tragas el techo.

Sin esfuerzo aparente, Valthorak levantó al niño con ambas manos por encima de su cabeza y lo lanzó al aire. Gorthar voló varios metros, riendo a carcajadas, antes de caer de nuevo en los brazos fuertes de su padre, que lo atrapó con facilidad y lo apretó contra su pecho ancho.

— ¡Más alto! ¡Quiero tocar las estrellas!

—Las estrellas aún no te pertenecen —murmuró Valthorak, besando la frente sudorosa del niño—. Pero algún día lo harán. Todo lo que ves será tuyo.

Desde un diván cercano, Lysandra los observaba con una expresión de absoluta devoción. Estaba recostada, con el cabello rubio suelto y una fina bata de seda que apenas cubría su cuerpo. Sus ojos brillaban cada vez que veía a Valthorak tratar al niño con esa mezcla de fuerza y ternura.

—Ten cuidado, mi Rey… —dijo suavemente, aunque su voz no tenía verdadero temor—. Ya casi lo lanzaste contra la viga la semana pasada.

Valthorak soltó una risa baja.

—Mi hijo no es de cristal, Lysandra. Es de hierro y sangre. Como debe ser.

En ese momento, una niña pequeña de tres años gateó hasta él y se agarró a su pierna musculosa con determinación.

— ¡Papá! ¡Yo también!

Valthorak bajó la mirada y su rostro se suavizó aún más. Era Elyra, su hija con Elowen. Cabello rubio platino como el de su madre, pero con los mismos ojos fríos y penetrantes de su padre. La levantó con una sola mano y la sentó sobre su rodilla izquierda, mientras con la derecha seguía sosteniendo a Gorthar.

—Mis dos cachorros —murmuró con una voz que muy pocos en el reino habían escuchado jamás: cálida, grave y protectora—. Venid aquí.

Los dos niños se acomodaron contra su pecho enorme. Valthorak los envolvió con sus brazos, casi ocultándolos por completo entre su cuerpo. Elyra hundió la cara en su cuello, oliendo el aroma familiar de su padre —hierro, cuero, madera quemada y un toque de sangre seca que nunca terminaba de irse—. Gorthar, más inquieto, intentaba trepar por su hombro.

—Cuéntanos la historia del lobo grande, papá —pidió Elyra con voz dulce.

Valthorak sonrió y bajó la voz, adoptando un tono narrativo profundo:

—Había una vez un lobo enorme, más grande que cualquier caballo de guerra. Sus dientes podían partir armaduras como si fueran pergamino. Sus ojos veían el miedo dentro del corazón

de los hombres. Todos los reinos le temían… pero el lobo tenía un secreto.

Los niños lo miraban embobados.

— ¿Cuál, padre? —preguntó Gorthar.

—Que en su guarida, lejos de todos, tenía a dos pequeños lobeznos. Y por ellos… el lobo grande sería capaz de quemar el mundo entero si alguien intentaba tocarlos.

Elyra aplaudió feliz. Gorthar, más serio, tocó una de las cicatrices grandes en el pecho de su padre.

— ¿Tú eres ese lobo, verdad?

Valthorak lo miró directamente a los ojos.

—Sí. Y vosotros sois mis lobeznos. Nadie en este mundo os hará daño. Jamás. Ni siquiera yo lo permitiría.

Se inclinó y besó la cabeza de cada uno con una ternura casi dolorosa. Sus manos grandes, las mismas que habían arrancado corazones y roto cuellos, acariciaban con delicadeza las espaldas pequeñas de sus hijos.

Elowen entró en la habitación en ese momento, descalza y con una sonrisa satisfecha. Aún tenía marcas leves de la noche anterior en el cuello y los muslos. Se acercó en silencio y se arrodilló junto a Valthorak, apoyando la cabeza en su hombro.

—Mirad a vuestro padre —susurró ella a los niños—. Es el hombre más fuerte y más temido del mundo… y sin embargo, aquí está, en el suelo, jugando con vosotros como si no tuviera un imperio que gobernar.

Valthorak pasó un brazo alrededor de Elowen y otro alrededor de Lysandra, que se había acercado también. Por unos minutos, el Rey más sanguinario del continente se convirtió simplemente en un hombre rodeado de su familia.

Gorthar, agotado de tanto jugar, se durmió contra el pecho de su padre. Elyra lo siguió poco después, chupándose el pulgar mientras Valthorak le acariciaba el cabello rubio platino con infinita paciencia.

Lysandra levantó la mirada hacia él, con los ojos llenos de lágrimas de emoción.

—Eres tan diferente a lo que cuentan las historias… —susurró.

Valthorak la miró con seriedad.

—Las historias son ciertas, mi amor. Soy todo eso y peor. Pero con vosotros… —bajó la vista hacia sus hijos dormidos— soy esto. Y mataré a cualquiera que intente quitarme esto.

Su voz, aunque baja, contenía la misma promesa de violencia que había conquistado reinos.

Elowen besó su mandíbula con devoción.

—Nadie se atreverá, mi Rey. Porque saben que el lobo grande nunca duerme cuando se trata de sus cachorros.

Valthorak permaneció allí mucho tiempo, inmóvil, sosteniendo a sus hijos contra su pecho mientras las dos mujeres lo rodeaban. Por primera vez en muchos años, el vacío frío que siempre había sentido en el centro de su ser parecía… un poco más pequeño.

Pero incluso en ese momento de paz, en el fondo de sus ojos de acero gris brillaba la misma hambre insaciable.

Pronto tendría que volver al salón, a las conquistas, a la sangre y al semen.

Pero por ahora… solo era padre.

Y era, tal vez, la versión más peligrosa de sí mismo.

Capítulo 7: El Cachorro del Lobo

En las estancias privadas de Karavoth, lejos del hedor a sangre y semen que impregnaba el resto de la fortaleza, existía un mundo que solo unos pocos privilegiados conocían. Y en el centro de ese mundo estaba Gorthar, el primogénito de Rey Valthorak.

Gorthar tenía cinco años, pero su presencia ya llenaba cualquier habitación. Era alto para su edad, con unas piernas largas y fuertes que lo hacían correr más rápido que los niños del doble de su edad. Su cabello negro azabache era una mata rebelde e indomable: siempre revuelto, con mechones que caían sobre su frente y se enredaban detrás de sus orejas. Por más que las doncellas intentaran peinarlo, en menos de una hora volvía a ser el mismo torbellino salvaje.

Sus ojos eran lo que más impactaba. Del mismo acero gris frío de su padre, pero todavía iluminados por una inocencia pura y feroz. Cuando reía —y reía mucho— se le formaban dos hoyuelos profundos en las mejillas sonrosadas, salpicadas de diminutas pecas que solo aparecían cuando estaba al aire libre o jugaba bajo la luz del sol que entraba por las altas ventanas. Su sonrisa era amplia, sincera y contagiosa, mostrando unos dientes de leche blancos e imperfectos, con uno ligeramente torcido que le daba un encanto aún mayor.

Tenía la piel ligeramente bronceada por las horas que pasaba corriendo por los patios interiores de la fortaleza. Sus manitas eran pequeñas pero sorprendentemente fuertes; dedos cortos y regordetes que se cerraban con determinación cuando agarraba la espada de madera que su padre le había hecho o cuando se sujetaba al cuello de Valthorak durante sus juegos de "volar".

Pero lo que más enamoraba de Gorthar no era solo su belleza infantil. Era su forma de ser.

Era un niño valiente sin ser imprudente. Curioso hasta el extremo. Cariñoso de una manera abierta y desbordante. Y, sobre todo, adoraba a su padre con una devoción absoluta y pura.

Aquella mañana, Gorthar despertó antes que nadie. Se levantó de su cama grande con dosel, aún en camisón blanco, y corrió descalzo por los pasillos de piedra cubiertos de pieles hasta la habitación principal. Sin llamar, abrió la puerta y se lanzó directamente sobre la enorme cama donde dormía Valthorak.

— ¡Padre! ¡Ya es de día! —exclamó, trepando por el cuerpo inmenso del Rey como si fuera una montaña.

Valthorak, que rara vez dormía profundamente, abrió los ojos de inmediato y una sonrisa rara, suave y genuina se dibujó en su rostro brutal. Agarró a su hijo con una mano enorme y lo levantó en el aire, sosteniéndolo por encima de su cabeza.

—Mi pequeño guerrero se ha despertado con hambre de aventura, veo.

Gorthar reía a carcajadas, pataleando feliz en el aire.

— ¡Quiero entrenar! ¡Quiero ser tan fuerte como tú!

Valthorak lo bajó y lo sentó sobre su pecho ancho y velludo. Gorthar inmediatamente empezó a explorar las cicatrices de su padre con sus deditos, trazándolas como si fueran ríos en un mapa.

— ¿Esta te la hizo un dragón? —preguntó señalando una larga cicatriz que cruzaba el costado.

Valthorak soltó una risa grave.

—Un rey. Casi tan grande como yo.

— ¿Y lo mataste?

—Le arranqué el corazón y se lo di a los perros.

Gorthar abrió mucho los ojos, fascinado, pero no asustado. Para él, esas historias eran simplemente pruebas de que su padre era el hombre más grande del mundo.

Lysandra entró en la habitación en ese momento, llevando una bandeja con desayuno. Al ver a su hijo ya trepando sobre Valthorak, sonrió con ternura.

—Gorthar, mi amor, deja que tu padre despierte al menos.

— ¡Ya está despierto, madre! ¡Mira!

El niño se puso de pie sobre el pecho de Valthorak, tambaleándose un poco, y extendió los brazos como si estuviera conquistando una montaña.

— ¡Soy Gorthar, hijo del Lobo Grande! ¡Todos los reinos me temerán!

Valthorak lo sujetó con ambas manos para que no se cayera y lo miró con un orgullo que nunca mostraba ante sus generales.

—Así se habla, cachorro.

Después del desayuno, padre e hijo salieron al patio interior privado, un espacio amplio rodeado de altos muros donde solo la familia real tenía acceso. Valthorak había mandado colocar allí un pequeño campo de entrenamiento adaptado para un niño: espadas y escudos de madera ligera, muñecos de paja a su altura, y un caballo de madera que podía mecerse.

Durante casi dos horas, Valthorak entrenó con él. No con la brutalidad con la que entrenaba a sus guerreros, sino con paciencia y cariño. Le enseñaba a plantar bien los pies, a sujetar la espada con las dos manos, a girar el cuerpo para dar más fuerza a los golpes.

Cada vez que Gorthar lograba golpear el muñeco de paja, Valthorak lo levantaba en brazos y lo hacía girar.

— ¡Muy bien, mi guerrero! ¡Ese golpe habría derribado a un caballero!

Gorthar resplandecía de felicidad. Sudado, con las mejillas rojas y el cabello pegado a la frente, seguía intentando una y otra vez, sin quejarse cuando se caía o cuando la espada de madera se le escapaba de las manos.

En un momento de descanso, el niño se acercó a su padre y lo abrazó por la cintura, hundiendo la cara en su abdomen.

—Padre… ¿cuando sea grande voy a conquistar reinos como tú?

Valthorak se arrodilló para estar a su altura y le colocó una mano enorme en la cabeza, acariciándole el cabello negro.

—Conquistarás mucho más que reinos, Gorthar. Conquistarás el respeto de tus hombres, el miedo de tus enemigos… y el amor de tu gente. Pero lo más importante —bajó la voz y lo miró fijamente a los ojos— es que nunca olvides proteger a los tuyos. A tu hermana. A tu madre. A tu familia. Eso es lo que hace a un verdadero rey.

Gorthar asintió con seriedad, como si estuviera recibiendo el juramento más importante de su vida.

—Protegeré a Elyra siempre. Aunque tenga que pelear contra mil dragones.

Valthorak sonrió y lo abrazó con fuerza, envolviéndolo completamente con sus brazos. El niño desaparecía entre el pecho enorme de su padre.

Más tarde, cuando Elyra despertó, los tres jugaron juntos. Gorthar, a pesar de su energía inagotable, era increíblemente paciente y protector con su hermana menor. La ayudaba a subir a los cojines, le cedía sus juguetes favoritos y, cuando ella se caía, era el primero en correr a levantarla y limpiarle las lágrimas con sus propias manitas.

— No llores, Elyra. Yo estoy aquí. El Lobo Grande y yo te protegeremos —le decía con voz seria, repitiendo las palabras que había escuchado de su padre.

Elowen y Lysandra los observaban desde un banco cercano, con los ojos húmedos.

—Es tan parecido a ti… —susurró Lysandra a Valthorak—. Pero tiene tu corazón, no solo tu fuerza.

Al atardecer, agotado después de todo el día de juegos y entrenamiento, Gorthar se acurrucó en el regazo de su padre frente a la chimenea. Valthorak le acariciaba la espalda con movimientos lentos y pesados mientras le contaba una nueva versión de la historia del lobo grande, esta vez adaptada para que los lobeznos fueran los héroes.

Gorthar escuchaba con los ojos pesados, luchando contra el sueño. En un momento, levantó su manita y tocó la mejilla marcada de su padre.

—Te quiero, papá —murmuró con voz somnolienta—. Cuando sea grande… quiero ser exactamente como tú.

Valthorak sintió algo extraño en el pecho. Un calor que no había sentido en muchos años. Se inclinó y besó la frente de su hijo, inhalando el aroma inocente de su cabello.

—Y yo quiero que seas mejor que yo, mi cachorro. Mucho mejor.

Gorthar se durmió con una sonrisa en los labios, agarrado a la túnica de su padre como si nunca quisiera soltarlo.

En la penumbra de la habitación, iluminada solo por el fuego de la chimenea, Rey Valthorak permaneció inmóvil durante horas, sosteniendo a su hijo dormido contra su pecho. Sus ojos de acero gris brillaban con una mezcla de amor feroz y una promesa oscura.

Este niño, este hermoso, valiente y cariñoso cachorro, era su mayor tesoro.

Y por él… por Gorthar… estaba dispuesto a destruir el mundo entero si era necesario.

Capítulo 8: La Lobezna de Plata

Mientras Gorthar era el fuego y la tormenta, Elyra era la luz plateada que iluminaba las sombras de Karavoth.

Elyra tenía tres años, pero ya poseía una belleza etérea y delicada que hacía que hasta los guerreros más endurecidos suavizaran la mirada cuando la veían pasar de lejos. Era pequeña para su edad, con un cuerpo frágil y grácil que parecía hecho de porcelana y luz de luna. Su cabello era de un rubio platino casi blanco, tan fino y sedoso que brillaba como hilos de plata bajo cualquier luz. Le caía en suaves ondas naturales hasta la mitad de la espalda, y cuando corría, flotaba detrás de ella como una capa de niebla.

Sus ojos eran grandes, redondos y de un gris plateado hipnótico, heredados directamente de su padre, pero en ella brillaban con una inocencia pura y curiosa que derretía cualquier dureza. Tenían largas pestañas oscuras que proyectaban sombras suaves sobre sus mejillas sonrosadas. Su carita era en forma de corazón perfecto, con una naricita pequeña y recta, labios rosados y carnosos que siempre parecían estar a punto de sonreír, y un hoyuelo profundo en la mejilla izquierda que aparecía cada vez que reía. Su piel era pálida y perfecta, como la de su madre Elowen, pero con un suave rubor natural que se intensificaba cuando se emocionaba o cuando su padre la cargaba.

Vestía siempre vestidos sencillos de telas suaves —blancos, plateados o celestes— que su madre Lysandra mandaba hacer especialmente para ella. Caminaba con pasitos cortos y ligeros, casi como si flotara, y tenía la costumbre de sujetar el dobladillo de su vestido con una manita cuando estaba concentrada en algo.

Pero lo que verdaderamente conquistaba a quien la conocía era su personalidad.

Elyra era dulce sin ser débil. Cariñosa de una forma desbordante y sincera. Observadora, sensible y con una empatía natural que sorprendía en alguien tan pequeña. Mientras Gorthar quería conquistar y luchar, Elyra quería cuidar, entender y amar. Era la paz dentro de la tormenta que era su familia.

Aquella tarde, Elyra estaba sentada en el regazo de Valthorak frente a la gran ventana que daba al patio interior. El Rey estaba recostado en un sillón enorme, con su hija acurrucada contra su pecho ancho. Elyra sostenía entre sus manitas pequeñas una flor blanca que había recogido esa mañana y la giraba lentamente, estudiándola con absoluta fascinación.

—Papá… ¿por qué las flores son bonitas? —preguntó con su voz suave y melodiosa, casi como un tintineo de campanitas.

Valthorak, que rara vez se detenía a pensar en tales cosas, bajó la mirada hacia ella y sonrió con ternura.

—Porque el mundo necesita algo hermoso para compensar toda la fealdad que hay fuera —respondió con voz grave pero suave—. Como tú compensas la oscuridad de este lugar.

Elyra levantó sus enormes ojos plateados hacia él y sonrió, mostrando ese hoyuelo adorable. Luego se incorporó un poco y, con toda la seriedad del mundo, colocó la flor blanca detrás de la oreja de su padre, entre su cabello rapado y su oreja.

—Ahora tú también eres bonito —declaró satisfecha.

Valthorak soltó una risa profunda y ronca que hizo vibrar su pecho. Agarró suavemente la manita de su hija y la besó con infinita delicadeza.

—Solo para ti, mi lobezna de plata.

En ese momento, Gorthar entró corriendo al salón con su espada de madera en la mano, sudoroso y lleno de energía.

— ¡Elyra! ¡Ven a jugar a las batallas conmigo!

Elyra negó suavemente con la cabeza, acurrucándose más contra el pecho de su padre.

—No quiero pelear… Quiero hacer coronas de flores para mamá Lysandra.

Gorthar puso los ojos en blanco, pero no insistió. En lugar de eso, se acercó y le dio un beso ruidoso en la mejilla a su hermana menor.

—Está bien. Pero si alguien te molesta, me avisas y lo golpeo con mi espada.

—Gracias, Gor —respondió ella con una sonrisa radiante, usando el diminutivo cariñoso que solo ella usaba.

Valthorak observaba a sus dos hijos con un orgullo silencioso. Gorthar era su fuerza. Elyra era su corazón.

Más tarde, en el jardín interior que Valthorak había mandado construir especialmente para ella (lleno de flores blancas, rosales pálidos y un pequeño estanque), Elyra pasó horas recogiendo flores. Se arrodillaba con cuidado, oliendo cada una antes de cortarla, y hablaba con ellas en voz bajita como si fueran sus amigas.

Valthorak se sentó en un banco cercano, observándola en silencio. La imagen de su hija pequeña, vestida de blanco, con su cabello platino brillando bajo el sol y rodeada de flores, era tan hermosa que incluso él, el Rey de la Sangre, sentía un nudo en la garganta.

Cuando Elyra tuvo suficiente, corrió hacia él con los brazos llenos de flores y se subió a su regazo. Con paciencia infinita y deditos torpes pero decididos, empezó a hacer una corona de flores para su padre. Valthorak permaneció completamente inmóvil, dejando que su hija colocara las flores una a una alrededor de su cabeza rapada.

—Eres el rey más guapo del mundo —declaró ella cuando terminó, admirando su obra.

Valthorak, con una corona de flores blancas ligeramente torcida sobre su cráneo rapado y cicatrices, se miró en un espejo que Elyra le acercó y soltó una carcajada grave.

—Ahora mis enemigos se morirán de risa antes de que pueda matarlos.

Elyra rio con esa risa cristalina y contagiosa que llenaba todo el jardín. Luego se puso seria de repente y abrazó fuerte el cuello de su padre, hundiendo su carita en su pecho.

—Papá… ¿tú nunca te vas a ir, verdad?

Valthorak la envolvió con sus brazos enormes, protegiéndola completamente.

—Nunca, mi pequeña. Mientras yo respire, nadie ni nada podrá separarnos.

—Aunque seas el lobo grande y tengas que ir a pelear… ¿siempre volverás conmigo?

—Siempre —prometió él, besando su cabello plateado—. Tú y tu hermano sois mi mayor tesoro. Más importante que todos los reinos juntos.

Elyra se quedó tranquila, acurrucada contra él. Poco después empezó a tararear una canción suave que Lysandra le cantaba

por las noches. Su voz era angelical, pura y dulce. Valthorak cerró los ojos y simplemente la escuchó, sintiendo una paz que solo encontraba en estos momentos.

Por la noche, cuando ya estaba en su cama con dosel, Elyra insistió en que su padre la acostara. Valthorak se acostó a su lado, ocupando casi toda la cama, y ella se acurrucó contra su costado, colocando su cabecita sobre su brazo musculoso como si fuera la almohada más segura del mundo.

—Cuéntame la historia de la lobezna de plata —pidió con voz somnolienta.

Valthorak bajó la voz y empezó a narrar:

—Había una vez una lobezna de pelaje plateado que era la más pequeña de la manada… pero también la más valiente de corazón. No conquistaba con dientes ni garras, sino con su luz. Donde ella iba, las flores crecían y los corazones fríos se calentaban…

Mientras hablaba, Elyra trazaba con su dedito las cicatrices del brazo de su padre, escuchando atentamente. Sus ojos plateados se fueron cerrando poco a poco.

—Te quiero mucho, papá… —murmuró justo antes de dormirse—. Eres el mejor lobo del mundo.

Valthorak permaneció allí mucho tiempo después de que ella se durmiera. Miraba su carita inocente, sus mejillas sonrosadas, el

cabello platino desparramado sobre la almohada y sentía algo que muy pocas veces había experimentado en su vida: miedo.

Miedo de que este mundo cruel que él mismo había creado algún día pudiera tocar a su lobezna de plata.

Besó suavemente su frente y susurró contra su cabello:

—Nadie te hará daño jamás, Elyra. Lo juro por toda la sangre que he derramado. Seré el monstruo más terrible del mundo si es necesario… solo para que tú puedas seguir siendo esta luz.

Salió de la habitación en silencio, con la corona de flores aún torcida sobre su cabeza, y regresó al Gran Salón donde sus guerreros lo esperaban.

Pero por unos segundos, mientras caminaba, el Rey más temido del continente llevaba una corona de flores blancas y el aroma inocente de su hija aún impregnado en su pecho.

Y en ese momento, era invencible.

Capítulo 9: La Flor Intacta de Luminel

Al amanecer del día siguiente, la corona de flores blancas ya había desaparecido de la cabeza de Valthorak. El lobo tierno que jugaba con sus cachorros había vuelto a su guarida de hierro y sangre.

El Rey estaba sentado en su trono de huesos y acero en la sala de guerra de Karavoth, una estancia circular con mapas clavados en las paredes con dagas y cráneos de reyes enemigos como pisapapeles. Su expresión era la de siempre: fría, calculadora y hambrienta. Frente a él, de pie alrededor de la gran mesa de roble negro, se encontraban sus cinco generales más leales y despiadados.

—Hablad —ordenó con voz grave y profunda.

El primero en hablar fue Vorak el Desollador, un hombre enorme con la cara marcada por quemaduras.

—Nuestros exploradores regresaron hace tres noches de las tierras del este, mi Rey. Más allá de las Montañas Negras y los Bosques Sangrientos se encuentra Luminel. Un reino rico, fértil y aún intacto. Murallas de mármol blanco de más de treinta metros. Doce mil soldados bien entrenados, aunque blandos. Su Orden de los Cisnes Plateados cuenta con trescientos caballeros de élite. No han conocido guerra real en generaciones.

Valthorak tamborileó con los dedos sobre el brazo del trono, impaciente.

—Al grano. ¿Qué más?

Vorak hizo una señal y un explorador flaco y marcado de cicatrices se adelantó, desenrollando un pergamino con un dibujo detallado.

—Esto es lo que realmente importa, mi señor.

El dibujo mostraba a una joven de belleza casi irreal. Cabello dorado blanco cayendo en cascadas, ojos azules celestes, piel de porcelana, cuerpo esbelto pero con curvas suaves y perfectas.

Valthorak se inclinó hacia adelante, sus ojos de acero gris clavados en la imagen. Su polla se movió bajo sus pantalones.

—Princesa Lirael Valorian —continuó el explorador—. Veinte años. Hija única del Rey Alden y la Reina Isolde. Prometida a Sir Garrick Thornwood, comandante de los Cisnes Plateados. Pero… —el hombre sonrió con malicia— sigue siendo virgen. Completamente intacta. Nunca ha sido tocada por hombre alguno. Ni siquiera un beso. Su pureza es legendaria en todo el reino. Los bardos la llaman "La Flor de Luminel".

Un silencio pesado cayó sobre la sala.

Valthorak sintió cómo su polla se endurecía por completo, gruesa y pesada, presionando contra la tela. Se agarró el miembro por encima del pantalón sin ningún pudor, acariciándolo lentamente mientras miraba el dibujo de Lirael.

—Virgen… —gruñó, casi saboreando la palabra—. Veinte años y aún tiene el coño cerrado, apretado y sin mancillar. Ese coño que nunca ha sido abierto. Ese culo virgen que nunca ha sido violado. Esa boca que nunca ha tragado semen.

Los generales intercambiaron miradas. Conocían esa mirada en su Rey. Era la misma que tenía antes de destruir reinos enteros.

—Quiero detalles —exigió Valthorak, sin dejar de masturbarse lentamente sobre el dibujo—. Todo.

El explorador tragó saliva y continuó:

—Según nuestras fuentes dentro de la corte, es extremadamente religiosa y pura. Se baña en aguas sagradas, reza en el templo todos los días. Su prometido, Garrick, es un hombre honorable y nunca ha intentado tomarla antes del matrimonio. Duerme sola en una torre alta del Palacio de Estelión. Su virginidad está prácticamente custodiada como un tesoro nacional.

Valthorak soltó una risa baja y peligrosa.

—Un tesoro que pronto será mío. Voy a ser el primero. Voy a abrir ese coño virgen con mi polla. Voy a desgarrar su himen, a follarla hasta que sangre, a llenar su útero intacto con mi semen. Quiero ver su cara de princesa pura cuando le meta veinticuatro centímetros por primera vez. Quiero que llore mientras la desvirgo delante de su padre, su madre y su prometido.

Se levantó del trono, su enorme erección claramente visible bajo los pantalones. Caminó alrededor de la mesa como un depredador.

—Planificad la invasión. Quiero todos los detalles.

El general Tharok, especialista en logística, habló:

—Podemos atacar por tres frentes. El paso norte es el más vulnerable. Diez mil hombres bastarían para romper sus líneas iniciales. Usamos la caballería pesada para desmoralizarlos rápido. Quemamos los campos fértiles para que no tengan suministros. En dos semanas podemos tener sus murallas rodeadas.

—Quiero algo más que una simple conquista —interrumpió Valthorak—. Quiero que sepan que yo voy personalmente. Quiero que la princesa Lirael sepa que el Rey Valthorak viene a romperla. Que sueñe conmigo todas las noches antes de que llegue.

Vorak sonrió.

—Podemos enviar un mensajero con un regalo. La cabeza de uno de sus exploradores que capturamos, junto con un mensaje: "Tu virginidad tiene dueño nuevo. Prepárate para sangrar por mí."

Valthorak asintió, satisfecho.

—Quiero mapas detallados del Palacio de Estelión. Quiero saber exactamente dónde duerme Lirael. Quiero saber cuántos guardias hay en su torre. Quiero que mis mejores hombres se preparen para capturarla viva e intacta. Nadie la toca antes que yo. Ni un solo dedo. Si alguien le roza siquiera un cabello antes de que yo le meta la polla, lo desollaré vivo y lo obligaré a comer su propia piel.

Hizo una pausa, mirando nuevamente el dibujo de la princesa.

—Imaginaos ese coño virgen… rosado, cerrado, nunca penetrado. Ese ano apretado que nunca ha sentido nada. Esa garganta que nunca ha sido follada hasta vomitar. Todo eso va a ser mío. Voy a follarla en el mismo salón del trono de su padre, mientras él mira. Voy a hacer que su prometido sostenga sus piernas abiertas mientras la desvirgo.

Los generales empezaron a proponer estrategias más concretas:

- Usar traidores dentro de la corte para abrir las puertas.

- Enviar un contingente disfrazado para sabotear las defensas desde dentro.
- Preparar carros de asedio y arietes especiales para las murallas de mármol.
- Reservar a los mejores violadores y torturadores del ejército para la familia real… excepto Lirael, que sería exclusivamente para el Rey.

Valthorak escuchaba todo con atención, pero su mente volvía una y otra vez a lo mismo:

La virginidad de Lirael.

—Esta no será una conquista normal —declaró finalmente, con la voz cargada de oscura lujuria—. Luminel será destruido, sí. Pero el verdadero premio es ella. La princesa virgen. La Flor Intacta. Y cuando la tenga debajo de mí, gritando mientras la rompo… entonces el mundo sabrá que todo lo puro termina perteneciendo a Rey Valthorak.

Se sentó de nuevo en el trono, con la polla todavía dura y palpitante.

—Comenzad los preparativos. Tenéis un mes. Quiero que en treinta días mis ejércitos estén listos para marchar.

Los generales se inclinaron.

—Como ordenéis, mi Rey.

Mientras salían de la sala, Valthorak tomó el dibujo de Lirael y lo acercó a su rostro. Pasó un dedo grueso sobre la imagen de su entrepierna, sonriendo con crueldad.

—Pronto, princesita… muy pronto ese coño virgen va a conocer a su dueño.

Capítulo 10: La Caída de la Flor de Luminel

El paraíso murió en tres días.

Luminel, el Jardín del Mundo, el reino que había conocido siglos de paz y belleza, fue devorado por la tormenta negra de Valthorak.

Desde las colinas lejanas, los habitantes de Aurelia vieron cómo el horizonte se teñía de humo y fuego. Treinta mil bestias humanas marchaban bajo estandartes rojos y negros, con el símbolo del lobo devorando un cisne ondeando al viento. Las murallas de mármol blanco, orgullo de generaciones, temblaron bajo el impacto de los arietes gigantes reforzados con hierro y cráneos. Catapultas lanzaban cabezas de los exploradores capturados, que rodaban por las calles perfectas como macabros regalos.

Cuando las murallas exteriores se derrumbaron con un estruendo ensordecedor, el infierno se desató.

Los soldados de Valthorak entraron como una plaga imparable. No buscaban solo victoria: buscaban destrucción absoluta y placer sádico. Templos fueron incendiados. Jardines exuberantes pisoteados y quemados. Niños atravesados con lanzas. Mujeres y niñas arrastradas por el cabello hacia las plazas, donde eran violadas en masa frente a sus familias. El aire, que antes olía a rosas y pan fresco, se llenó del hedor metálico de la sangre, el humo y los gritos desgarradores.

En el corazón del Palacio de Estelión, la última resistencia se desmoronaba.

Rey Alden Valorian luchaba con la desesperación de un padre que sabe que todo está perdido. Su armadura plateada estaba abollada y cubierta de sangre, su espada temblaba en sus manos. A su lado, la Reina Isolde sostenía un puñal con lágrimas corriendo por su rostro noble. Sir Garrick Thornwood, cubierto de heridas, defendía la escalera que llevaba a la torre de Lirael como un lobo acorralado, matando a todo el que se acercaba.

Pero entonces llegó **él**.

Las grandes puertas del salón del trono se abrieron de golpe. Valthorak entró caminando lentamente, como si paseara por su propio jardín. Desnudo de cintura para arriba, su torso colosal brillaba con sudor y sangre enemiga. Cicatrices antiguas y nuevas marcaban su piel. Su polla gruesa colgaba pesada y semierecta entre sus muslos, balanceándose con cada paso. En su mano derecha sostenía su espada negra, goteando sangre.

Sus ojos de acero gris barrieron el salón y se detuvieron en Lirael, que había sido arrastrada hasta allí por dos de sus guerreros. La princesa, vestida solo con un fino camisón blanco, temblaba violentamente.

— ¡Lirael! —gritó Garrick, intentando llegar hasta ella.

Valthorak ni siquiera lo miró. Con un movimiento brutal, agarró al Rey Alden por el cuello y lo levantó del suelo como si no pesara nada. El monarca pateaba inútilmente en el aire.

—Este es el hombre que creyó que podía proteger a su hija de mí —rugió Valthorak, mirando directamente a Lirael.

Metió los dedos entre las placas de la armadura y rompió costillas con un crujido repugnante. Alden soltó un alarido inhumano. Valthorak hundió la mano más profundo, rompiendo carne y hueso, hasta que sus dedos se cerraron alrededor del corazón aún latiendo.

Lirael gritó horrorizada, forcejeando contra los guerreros que la sujetaban.

— ¡NO! ¡PADRE! ¡POR FAVOR!

Con un tirón salvaje y brutal, Valthorak arrancó el corazón del pecho de Alden. La sangre arterial brotó como una fuente caliente, salpicando el rostro, el pecho y el camisón blanco de Lirael. El Rey Alden se convulsionó unos segundos más antes de caer muerto al suelo de mármol, con un enorme agujero sangrante en el pecho.

Valthorak levantó el corazón caliente y palpitante frente a la princesa. Luego, sin apartar la mirada de sus ojos azules llenos de terror, le dio un mordisco salvaje. La carne fibrosa crujió entre sus dientes. Sangre espesa y caliente le corrió por la

barba, el cuello y el torso mientras masticaba ruidosamente, saboreando cada trozo.

La Reina Isolde cayó de rodillas junto al cadáver de su esposo, sollozando sin control.

Garrick, con los brazos rotos y sujeto por varios hombres, gritaba de rabia y dolor impotente.

Lirael miraba la escena con los ojos desorbitados, el rostro salpicado con la sangre de su propio padre. Su cuerpo temblaba violentamente.

Valthorak tragó el trozo de corazón, sonrió con los dientes manchados de rojo y habló con voz ronca y satisfecha:

—Delicioso. El corazón de un rey que intentó proteger una virginidad que ya me pertenece.

Se acercó lentamente a Lirael. Su enorme figura la empequeñecía. Su polla completamente erecta rozó el vientre de la princesa a través del camisón empapado de sangre.

Lirael levantó la mirada. El terror puro que había sentido momentos antes se transformó en algo más oscuro, más ardiente.

Odio.

Un odio profundo, visceral y abrasador.

Mientras veía el cuerpo sin vida de su padre tirado en el suelo con el pecho abierto, y el de su madre arrodillada a su lado, rota y llorando, Lirael sintió cómo algo se rompía dentro de ella… y algo nuevo nacía.

— ¡MONSTRUO! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, la voz quebrada pero llena de furia—. ¡Eres un demonio! ¡Un animal asqueroso! ¡Mataste a mi padre! ¡Devoraste su corazón como un salvaje! ¡Te odio! ¡TE ODIO CON TODA MI ALMA!

Las lágrimas corrían por sus mejillas mezcladas con la sangre de su padre, pero sus ojos azules celestes ya no solo mostraban miedo. Ardían con un odio puro y prometedor.

Valthorak se detuvo frente a ella. Una sonrisa lenta y profundamente satisfecha se extendió por su rostro sangriento. Sus ojos brillaban con placer oscuro mientras masticaba lentamente el último trozo de corazón.

—Bien… —gruñó con voz ronca, casi excitado—. Eso es exactamente lo que quería ver.

Se inclinó ligeramente hacia ella, dejando que su aliento caliente y con olor a sangre le rozara la cara.

—Llora, odia, grita todo lo que quieras, princesita. Cuanto más luches… más dulce será romperte.

Valthorak se irguió en toda su imponente altura, con la boca y el pecho cubiertos de la sangre del padre de Lirael, y sonrió

como el lobo que finalmente había encontrado a su presa más preciada.

El Jardín del Mundo había caído.

Y la Flor más pura de Luminel ahora le pertenecía.

Capítulo 11: El Trofeo Más Puro

El viento que barría las ruinas de Aurelia aún olía a humo y muerte. Valthorak caminaba entre los escombros del Palacio de Estelión como quien pasea por su propio jardín. Su cuerpo estaba cubierto de sangre seca, pero en su rostro había una expresión de profunda satisfacción.

Detrás de él, dos de sus guerreros más leales escoltaban a Lirael. La princesa caminaba descalza, con el camisón blanco ahora teñido de rojo por la sangre de su padre. Su mirada estaba perdida, vacía, y sus hombros temblaban ligeramente. Ya no lloraba. Las lágrimas se habían secado, dejando solo un odio ardiente en sus ojos azules celestes.

Valthorak se detuvo de repente y se giró. Con un movimiento sorprendentemente suave para alguien de su tamaño, la levantó en brazos, acunándola contra su pecho ancho y velludo.

—Nadie la toca —gruñó con voz baja pero que resonó en todo el patio—. Ni un dedo. Ni una mirada demasiado larga. Esta mujer es mía. Es el trofeo más valioso que he tomado en toda mi vida. Si alguien se atreve siquiera a rozarla, le arrancaré la cabeza, le sacaré las entrañas mientras aún respira y me las comeré frente a sus ojos.

Los guerreros que los rodeaban bajaron la mirada al instante. Nadie se atrevió a hablar.

Lirael intentó forcejear débilmente en sus brazos.

—Suéltame… monstruo… —susurró con voz rota.

Valthorak la miró. Sus ojos de acero gris brillaban con algo que nadie más en el mundo había visto en él: una obsesión profunda, posesiva y enfermiza que él mismo consideraba amor.

—No, mi Flor —respondió con voz grave y extrañamente suave—. Ya no eres de Luminel. Ahora eres mía. Y yo cuido lo que es mío.

Montaron en el enorme caballo de guerra negro de Valthorak. Él la sentó delante de sí, rodeándola con sus brazos musculosos como si fuera una jaula viva. El ejército comenzó la larga marcha de regreso a Karavoth.

Durante todo el viaje, Valthorak no permitió que nadie se acercara a menos de diez metros.

En el primer campamento nocturno, cuando un soldado ebrio se acercó demasiado mirando a Lirael con lujuria, Valthorak se levantó como un rayo. Agarró al hombre por el cuello y lo levantó del suelo.

—¿Te atreves a mirar lo que es mío? —rugió.

El soldado balbuceó aterrorizado.

—Mi Rey… yo solo…

Valthorak lo lanzó contra el suelo y sacó su daga.

—Que todos escuchen bien —dijo en voz alta para que todo el campamento lo oyera—. Esta mujer se llama Lirael Valorian. Es mi propiedad. Mi trofeo. Mi futura reina. Cualquiera que la mire con deseo, que intente tocarla, o que siquiera piense en ella con lujuria… morirá de la forma más lenta y dolorosa que pueda imaginar. Le arrancaré el corazón y se lo daré de comer a sus compañeros. ¿Queda claro?

Un coro de "Sí, mi Rey" resonó en la noche.

Valthorak regresó junto a Lirael, que estaba sentada junto al fuego, abrazándose las rodillas. Se quitó su capa negra de piel de lobo y la envolvió con ella con cuidado.

—Tienes frío —dijo simplemente, sentándose a su lado.

Lirael levantó la mirada. Sus ojos estaban llenos de un odio puro y ardiente.

—¿Por qué no me matas y acabas con esto? —escupió—. Mataste a mi padre. Devoraste su corazón frente a mí. Destruyiste todo lo que amaba. ¿Ahora finges que te importo?

Valthorak la miró largamente. Extendió una mano grande y callosa y le acarició el cabello dorado blanco con una delicadeza sorprendente.

—No finjo, Lirael. Te quiero. Te he querido desde que escuché hablar de ti. De tu belleza. De tu pureza. De esa virginidad que has guardado como un tesoro sagrado durante veinte años. —

Su voz se volvió más ronca—. Eres lo más hermoso que he visto en mi vida. Y por eso… nadie más te tendrá. Solo yo.

Lirael soltó una risa amarga y rota.

—¿Esto es amor para ti? ¿Matar a mi familia y secuestrarme?

—Esto es lo único que sé dar —respondió Valthorak con sinceridad brutal—. Yo no sé amar como los príncipes idiotas de tus cuentos. Yo protejo lo que amo destruyendo todo lo que pueda amenazarlo. Y tú… tú eres lo más valioso que poseo ahora.

Durante las siguientes noches del viaje, Valthorak repitió sus órdenes con ferocidad creciente. Cada vez que acampaban, reunía a sus capitanes y generales:

—Lirael no será violada. No será humillada por nadie más que por mí, y solo cuando yo lo decida. Cualquier hombre que se acerque a menos de cinco pasos sin mi permiso perderá la polla y luego la vida. ¿Entendido?

—Sí, mi Rey —respondían todos, aterrorizados.

Una noche, mientras acampaban cerca de las Montañas Negras, Lirael intentó escapar. Corrió descalza entre los árboles, pero Valthorak la alcanzó en pocos segundos. La atrapó con facilidad y la cargó de vuelta al campamento sobre su hombro.

Cuando la bajó, ella le golpeó el pecho con los puños, llorando de rabia.

— ¡Te odio! ¡Te odio con todo mi ser! ¡Eres un asesino! ¡Un caníbal! ¡Un demonio!

Valthorak la sujetó por los hombros, sin lastimarla, pero con firmeza. La miró directamente a los ojos.

—Ódiame todo lo que quieras, mi Flor. Tu odio es hermoso. Pero no cambiará nada. Eres mía. Y te protegeré de todo el mundo… incluso de mis propios hombres. Incluso de ti misma, si es necesario.

Lirael escupió al suelo junto a sus pies.

—Nunca seré tuya.

Valthorak sonrió con esa sonrisa lenta y peligrosa, pero sus ojos mostraban una extraña calidez retorcida.

—Ya lo eres. Solo que aún no lo aceptas.

Cuando finalmente llegaron a Karavoth, la fortaleza negra se alzaba imponente bajo un cielo tormentoso. Valthorak desmontó y volvió a tomar a Lirael en brazos, llevándola personalmente a través de los pasillos.

Todos los guerreros, esclavas y sirvientes se apartaban a su paso. Nadie se atrevía ni siquiera a mirarla directamente.

Al llegar a las estancias privadas que había mandado preparar para ella —una torre lujosa, limpia y separada del resto de la depravación—, Valthorak la depositó suavemente sobre una cama enorme con sábanas de seda negra.

—Aquí estarás segura —dijo, arrodillándose frente a ella para estar a su altura—. Nadie entrará sin mi permiso. Tendrás doncellas, ropa, comida… todo lo que desees. Solo pídelo.

Lirael lo miró con los ojos enrojecidos por el llanto y el odio.

—Quiero que me devuelvas a mi familia. Quiero que mueras.

Valthorak extendió la mano y le acarició la mejilla con el dorso de sus dedos, limpiando una lágrima mezclada con sangre seca.

—Tu familia ya no existe. Pero yo sí. Y estaré aquí. Siempre. Te daré tiempo para que me odies, Lirael. Pero al final… te daré todo lo que nunca supiste que querías.

Se levantó, imponente, y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se giró una última vez.

—Descansa, mi Flor. Mañana empezará tu nueva vida… a mi lado.

Y cerró la puerta tras de sí, dejando a Lirael sola en la lujosa prisión dorada, destrozada por dentro, consumida por un odio tan profundo que ardía como fuego vivo.

Mientras tanto, Valthorak caminaba por los pasillos de Karavoth con una sonrisa satisfecha en los labios.

Por fin tenía lo que más deseaba.

Y estaba dispuesto a destruir el mundo entero para conservarlo.

Capítulo 12: La Primera Noche de la Flor

La torre este de Karavoth era un lugar de lujo oscuro y opresivo. Las paredes de piedra negra estaban cubiertas con tapices robados de reinos conquistados, el suelo cubierto de gruesas pieles de lobo y alfombras rojas. Una gran chimenea crepitaba con fuego, y sobre una mesa había bandejas con frutas, vinos y carnes finas. La cama era enorme, con sábanas de seda negra y un dosel de terciopelo.

Pero para Lirael Valorian, aquello no era una habitación. Era una tumba dorada.

Estaba sentada en el borde de la cama, todavía con el camisón manchado de la sangre de su padre. No había tocado la comida. No había llorado en horas. Solo miraba fijamente el fuego, con los ojos hinchados y un vacío que poco a poco se iba llenando de un odio tan denso que casi podía saborearlo.

La puerta se abrió con un pesado chirrido.

Valthorak entró. Se había bañado; su cuerpo aún húmedo brillaba bajo la luz del fuego. Llevaba solo unos pantalones negros holgados, el torso desnudo mostrando cada cicatriz y cada músculo. Cerró la puerta tras de sí y se quedó mirándola en silencio durante un largo momento.

Lirael levantó la mirada. El odio en sus ojos azules celestes era tan intenso que casi quemaba.

—Vete —dijo con voz ronca y temblorosa—. No quiero verte.

Valthorak no se movió. Caminó lentamente hasta una silla frente a la cama y se sentó, inclinándose hacia adelante con los antebrazos apoyados en las rodillas. Su presencia llenaba toda la habitación.

—Esta es tu primera noche en tu nuevo hogar, Lirael —dijo con voz grave y profunda—. Y quiero que la pases sabiendo exactamente dónde estás.

—Estoy en el infierno —escupió ella—. En la guarida del monstruo que asesinó a mi padre y se comió su corazón delante de mí.

Valthorak asintió lentamente, sin negar nada.

—Sí. Eso es exactamente lo que soy. Un monstruo. Pero soy **tu** monstruo ahora.

Se levantó y se acercó. Lirael retrocedió instintivamente hasta que su espalda chocó contra el cabezal de la cama. Valthorak se detuvo a un paso de distancia y se arrodilló frente a ella, quedando casi a su altura. Era una imagen extraña y perturbadora: el Rey de la Sangre de rodillas ante una princesa rota.

—Puedo darte todo, Lirael —continuó con voz baja y cargada—. Riquezas más allá de lo que Luminel jamás tuvo. Poder. Seguridad. Mis hijos te tratarán como a una madre si se lo

ordeno. Nadie en este reino se atreverá a mirarte mal. Te protegeré con mi vida y con la de todos los que me sirven.

Lirael soltó una risa amarga y rota.

—¿Protegerme? ¿Tú? Mataste a mi padre. Destruiste mi reino. Arrastraste a mi madre y a mi prometido hacia quién sabe qué infierno. ¿Y ahora quieres que te agradezca?

Valthorak extendió una mano grande y la posó suavemente sobre la rodilla de ella. Lirael se estremeció, pero no se atrevió a apartarla.

—Tu padre murió como mueren los reyes que se oponen a mí. Rápido. Honorable. Podría haberlo torturado durante días. No lo hice. Por ti.

— ¡Mentiroso! —gritó Lirael, golpeándole el pecho con los puños—. ¡Devoraste su corazón como un animal salvaje! ¡Lo masticaste mirándome a los ojos!

Valthorak atrapó sus muñecas con suavidad pero firmeza, inmovilizándolas.

—Mírame —ordenó con voz ronca—. Mírame, Lirael.

Ella levantó la mirada, temblando de rabia y dolor.

—Tu mundo anterior ya no existe —dijo él lentamente, sin soltarla—. Tu padre está muerto. Tu madre probablemente también. Tu prometido… si sigue vivo, pronto deseará no

estarlo. Todo lo que conocías se ha quemado. Pero yo estoy aquí. Vivo. Fuerte. Y te deseo como nunca he deseado nada en mi vida.

Hizo una pausa, acercándose más. Su aliento cálido rozó el rostro de Lirael.

—Podría tomarte ahora mismo. Podría abrirte las piernas y desvirgarte sobre estas sábanas hasta que grites. Nadie me detendría. Pero no lo haré. Aún no. Porque quiero que entiendas algo importante.

Lirael lo miró con los ojos llenos de lágrimas contenidas.

—¿Qué quieres de mí? —susurró con voz quebrada.

—Quiero que te rindas —respondió Valthorak con brutal honestidad—. Quiero que aceptes que ahora me perteneces. Quiero que ese odio que sientes se convierta en algo más… profundo. Quiero ser el centro de tu mundo, como tú eres el centro del mío.

Lirael negó con la cabeza, llorando ahora sin control.

—Nunca. Prefiero morir.

Valthorak sonrió con tristeza oscura y le soltó las muñecas. Con una delicadeza sorprendente, le acarició la mejilla, limpiando sus lágrimas con el pulgar.

—Morir sería demasiado fácil, mi Flor. Te quiero viva. Te quiero mía. Te daré tiempo. Días. Semanas. Meses si es necesario. Pero al final entenderás que fuera de mí solo hay dolor y vacío… y a mi lado hay protección, placer y poder.

Se inclinó y besó suavemente su frente. Lirael se quedó rígida, temblando.

—Duerme —susurró contra su piel—. Mañana te traerán ropa nueva, doncellas y todo lo que pidas. Y recuerda: nadie más puede tocarte. Eres sagrada para mí.

Valthorak se levantó y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se giró una última vez.

—Odíame esta noche todo lo que quieras, Lirael. Mañana seguiremos hablando. Y la noche siguiente. Y la siguiente. Hasta que tu corazón entienda lo que tu mente aún rechaza.

Cerró la puerta con un sonido pesado.

Lirael se quedó sola en la enorme cama. Se abrazó las rodillas y hundió la cara entre ellas, sollozando en silencio mientras el fuego crepitaba.

—Te odio… —susurró una y otra vez contra sus rodillas—. Te odio… te odio…

Pero en el fondo de su pecho, entre el dolor y la rabia, una pequeña semilla de terror comenzó a germinar.

El terror de que aquel monstruo no fuera a rendirse jamás.

Y de que, tal vez, parte de ella ya sabía que estaba atrapada para siempre.

Capítulo 13: Semillas en la Oscuridad

Las primeras noches en Karavoth fueron un infierno de odio y silencio.

Lirael pasaba los días acurrucada en la cama o mirando por la ventana enrejada de la torre, negándose a comer más de lo necesario. Cada vez que Valthorak entraba, ella lo recibía con veneno puro.

La tercera noche, él llegó con un regalo: un vestido de seda blanca bordado con hilos de plata y oro, casi idéntico al estilo que usaba en Luminel.

—Para ti —dijo suavemente, extendiéndolo sobre la cama.

Lirael lo miró con asco, lo agarró y lo lanzó al fuego de la chimenea.

—No quiero nada que venga de tus manos manchadas de sangre —escupió.

Valthorak observó cómo el hermoso vestido ardía sin inmutarse.

—Puedes quemar todo lo que te traiga —respondió con calma—. Pero no cambiará que ahora vives aquí. Conmigo.

Cada noche repetía el ritual. Llegaba después de atender sus asuntos, se sentaba frente a ella y hablaban. O más bien, ella gritaba y él escuchaba.

—Mataste a mi padre como a un animal —le reprochaba Lirael una noche, con la voz rota—. ¿Cómo esperas que te mire sin querer clavarte un cuchillo?

—Porque soy sincero —contestaba él—. Nunca te mentiré, Lirael. Tu padre murió porque se interpuso entre tú y yo. Cualquier hombre que lo haga, morirá. Incluido tu querido Garrick, si aún respira.

Lirael sollozaba de rabia.

En la segunda semana, Valthorak empezó a traer regalos más personales.

Un ramo de rosas blancas que había mandado traer desde los restos de los jardines de Luminel. Un collar de zafiros que imitaba el color de sus ojos. Una caja de música con una melodía que sonaba en los templos de Aurelia.

Lirael los rechazaba todos. Rompía las flores, tiraba el collar al suelo y rompía la caja de música contra la pared.

— ¡No quiero tus sobornos! —gritaba—. ¡Quiero mi vida de vuelta!

Valthorak recogía los pedazos sin enfadarse. Se arrodillaba frente a ella y la miraba con esa intensidad obsesiva.

—Tu vida anterior ya no existe. Pero puedo darte una nueva. Más grande. Más poderosa. A mi lado serás intocable. Reina de reinos. Madre de hijos fuertes.

—Prefiero ser madre de nadie que parir bastardos de un monstruo —respondía ella con desprecio.

Sin embargo, algo comenzó a cambiar en la tercera semana.

Valthorak no solo traía regalos. Empezó a contarle cosas. Historias de su infancia brutal. Cómo su padre había destruido a su madre. Cómo él mismo había matado a Gorthak. Le hablaba con una crudeza desnuda, sin buscar justificación, solo mostrando quién era realmente.

Una noche, después de que Lirael hubiera pasado todo el día sin comer, Valthorak trajo una bandeja con sopa caliente y pan fresco. Se sentó a su lado en la cama y, sorprendentemente, no insistió en que comiera. Simplemente empezó a hablar.

—Elyra, mi hija menor, tiene tu mismo color de cabello —dijo en voz baja—. Cuando te vi por primera vez en los informes de mis exploradores, pensé en ella. Pensé que si alguien tan puro como tú podía existir en este mundo… quizás aún había esperanza para mis hijos.

Lirael lo miró de reojo, exhausta.

—¿Esperanza? ¿Tú hablas de esperanza mientras destruyes reinos?

—Destruyo lo que se opone a mí —respondió él—. Pero protejo ferozmente lo que es mío. Y tú… tú eres lo más mío que he tenido nunca.

Por primera vez, Lirael no le gritó. Solo se quedó en silencio, mirando las llamas.

En la cuarta semana, los regalos dejaron de ser rechazados con tanta violencia.

Un libro de poemas antiguos de Luminel apareció sobre su mesa. Lirael lo hojeó en silencio. No lo tiró al fuego.

Otra noche, Valthorak le trajo un pequeño relicario con un mechón de cabello de su madre, que había ordenado rescatar de las ruinas. Lirael lo tomó con manos temblorosas y lo apretó contra su pecho, llorando en silencio.

— ¿Por qué haces esto? —susurró—. ¿Por qué no me violas como a las demás y acabas con esta tortura?

Valthorak se acercó y, por primera vez, ella no retrocedió. Le acarició el cabello dorado blanco con una ternura aterradora.

—Porque no quiero solo tu cuerpo, Lirael. Quiero que me desees. Quiero que me mires y sientas que soy el único hombre en el mundo que puede protegerte. Quiero que tu odio se convierta en necesidad.

Lirael cerró los ojos, temblando.

—Estás enfermo…

—Tal vez —admitió él—. Pero estoy enfermo por ti.

En la quinta semana, Lirael empezó a hablar más. Ya no solo gritaba. Le hacía preguntas.

—¿Por qué yo? Hay miles de mujeres hermosas.

—Porque eres pura —respondió Valthorak sin dudar—. Porque nadie te ha tocado. Porque cuando te miro, veo todo lo que yo nunca pude ser. Y quiero poseer esa pureza. Quiero mancillarla… pero solo yo. Nadie más.

Una noche, mientras Valthorak se preparaba para irse, Lirael lo detuvo con una pregunta apenas audible:

—¿Mi madre… sigue viva?

Valthorak se giró y la miró con seriedad.

—Vive. Está con Elowen y Lysandra. No le falta nada. Si te portas bien… podrás verla algún día.

Lirael sintió un nudo en la garganta. Por primera vez, no sintió solo odio al mirarlo. Sintió algo más peligroso.

Confusión.

Dependencia.

Una semilla oscura y retorcida de gratitud.

Cuando Valthorak se acercó para darle el beso de buenas noches en la frente, como hacía cada noche, Lirael no apartó la cara. Se quedó rígida, pero no se movió.

—Buenas noches, mi Flor —susurró él contra su piel.

Esa noche, por primera vez, Lirael no soñó solo con sangre y muerte.

Soñó con unos ojos de acero gris que la miraban como si fuera lo único sagrado en un mundo de monstruos.

Y se despertó odiándose a sí misma por no haber sentido solo repulsión.

Capítulo 14: El Despertar de la Flor

Habían pasado seis semanas desde la caída de Luminel.

Seis semanas en las que Valthorak había sido paciente como nunca antes en su vida. Cada noche visitaba a Lirael. Le hablaba, le traía regalos, le contaba verdades crudas sobre sí mismo y escuchaba sus insultos. Poco a poco, el odio puro de Lirael se había ido transformando en una confusión tormentosa. Ya no lo rechazaba con tanta violencia. A veces, incluso lo escuchaba en silencio.

Una tarde, Valthorak decidió que era momento de dar el siguiente paso.

—Ven —le dijo, extendiendo su mano enorme—. Hoy saldrás de esta torre. Quiero que veas tu nuevo hogar.

Lirael dudó, pero terminó aceptando su mano. Vestía un hermoso vestido blanco y plateado que él le había regalado días atrás. Caminaron por los pasillos de Karavoth, escoltados por guardias que mantenían una distancia respetuosa.

Lo que vio Lirael la dejó sin aliento.

En el gran salón inferior, una orgía salvaje tenía lugar. Decenas de cuerpos desnudos se retorcían bajo la luz de los braseros. Mujeres gemían mientras eran folladas por varios hombres al mismo tiempo. El sonido húmedo de carne contra carne, los gruñidos animales y los gritos de placer llenaban el aire. Semen

chorreaba de coños y culos abiertos. Dos transexuales follaban a una noble arrodillada, llenándole la boca y el coño simultáneamente.

Lirael se detuvo en seco, horrorizada. Intentó girar la cara, pero Valthorak la sujetó suavemente por la barbilla y la obligó a mirar.

—Míralo —susurró contra su oído—. Esto es parte de mi mundo.

Ella temblaba. Quería cerrar los ojos, pero su mirada se desviaba una y otra vez hacia las escenas más brutales: una mujer corriéndose violentamente mientras era fistada, otra ahogándose con una polla gruesa mientras chorros de semen le salían por la nariz.

Su mente gritaba de asco y vergüenza.

Pero su cuerpo… su cuerpo traicionero reaccionaba.

Sentía un calor incómodo entre las piernas. Su coño virgen, nunca tocado, comenzó a humedecerse. Sus pezones se endurecieron contra la tela del vestido. Un palpitar insistente nació en su clítoris.

—Esto es repugnante… —susurró, pero su voz sonó débil, casi sin convicción.

Valthorak sonrió detrás de ella, inhalando el sutil aroma de su excitación.

Después de casi una hora recorriendo los pasillos y presenciando distintas escenas de depravación, Valthorak la acompañó de vuelta a su torre. La dejó dentro de la habitación y cerró la puerta con llave, como siempre.

Lirael se quedó sola.

Y entonces comenzó la guerra interna más feroz de su vida.

La puerta se cerró con un sonido pesado y definitivo. Lirael se quedó sola en la amplia habitación de la torre, iluminada solo por el fuego crepitante de la chimenea y unas cuantas velas. El silencio era ensordecedor después de todo lo que había visto.

Se sentó en el borde de la enorme cama, con las manos temblando sobre su regazo. Su mente era un torbellino. Imágenes de la orgía que Valthorak le había obligado a presenciar se repetían sin piedad: cuerpos sudorosos entrelazados, pollas gruesas entrando y saliendo de coños abiertos, mujeres gritando de placer mientras eran llenadas de semen, lenguas lamiendo, manos apretando pechos, culos rojos por los azotes.

—Repugnante… —susurró, tratando de convencerse—. Todo eso es repugnante… animal… pecaminoso…

Pero su cuerpo no escuchaba. Entre sus piernas sentía un calor húmedo y desconocido que crecía por momentos. Un palpitar insistente en su centro más íntimo. Sus pezones, pequeños y

rosados, se habían endurecido contra la fina tela del vestido blanco, rozándose con cada respiración agitada.

Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro, abrazándose a sí misma. Intentaba borrar las imágenes, pero estas regresaban con más fuerza. Recordaba a una mujer de cabello oscuro siendo penetrada por dos hombres al mismo tiempo, su vientre hinchándose ligeramente con cada embestida profunda, sus gemidos roncos de placer absoluto.

Lirael se detuvo frente al espejo de cuerpo entero. Su reflejo la avergonzaba: mejillas sonrojadas, labios entreabiertos, ojos azules brillantes con algo que no quería reconocer.

—No… soy la Princesa Lirael Valorian… soy pura… —se repetía como un mantra.

Sin embargo, sus manos traidoras subieron lentamente hasta sus senos. A través de la tela del vestido, los acarició con timidez. Eran medianos, firmes y perfectamente redondeados, con una suavidad aterciopelada. Sus dedos temblorosos rozaron los pezones erectos y un gemido involuntario escapó de su garganta.

—Ah…

El placer fue como una chispa. Avergonzada, apartó las manos, pero solo por unos segundos. Volvió a tocarlos, esta vez apretando suavemente sus pechos, sintiendo cómo se hinchaban

bajo sus palmas. Sus pezones estaban tan sensibles que cada roce enviaba descargas directas a su entrepierna.

Con movimientos torpes, se bajó el vestido por los hombros. La prenda cayó al suelo, dejándola completamente desnuda. Su cuerpo era una obra de arte: piel pálida como porcelana, cintura estrecha, caderas suaves y femeninas, y entre sus muslos largos y esbeltos, su vulva virgen.

Lirael se sentó en la cama, con la espalda apoyada en los cojines. Sus piernas se abrieron ligeramente por instinto. Miró hacia abajo.

Su vulva era preciosa e intacta. El monte de Venus estaba cubierto por un suave vello rubio casi blanco, fino como seda. Los labios mayores, hinchados por la excitación, se habían separado ligeramente, revelando los labios internos rosados, brillantes y mojados. Su clítoris pequeño asomaba, hinchado y enrojecido, palpitando visiblemente. Un hilo transparente de sus jugos ya corría lentamente hacia su ano fruncido.

—Esto no está bien… —gimió, pero su mano derecha ya bajaba.

Primero acarició el interior de sus muslos, sintiendo la piel suave y caliente. Luego, con dos dedos, rozó suavemente sus labios mayores. Estaban empapados. El contacto la hizo jadear. Separó más las piernas y pasó los dedos por toda su hendidura, recogiendo sus fluidos.

—Dioses… estoy tan mojada… —susurró avergonzada.

Empezó a frotar su clítoris en círculos lentos. El placer fue inmediato e intenso. Su cabeza cayó hacia atrás, boca abierta. Sus caderas se movieron instintivamente, buscando más fricción. Con la mano izquierda volvió a sus senos, pellizcando y retorciendo suavemente uno de sus pezones mientras la derecha aceleraba en su vulva.

Las imágenes regresaron con fuerza: Valthorak caminando entre la orgía, su polla enorme balanceándose, su mirada posesiva clavada en ella. Ese pensamiento la horrorizó… y la excitó aún más.

— No… no en él… —suplicó mentalmente, pero sus dedos no se detuvieron.

Introdujo un dedo en su entrada virgen. Estaba increíblemente apretada, caliente y resbaladiza. Gimió más fuerte, curvando el dedo dentro de sí. Luego añadió un segundo. El estiramiento era delicioso. Empezó a follarse lentamente con los dedos, entrando y saliendo mientras su palma presionaba contra su clítoris hinchado.

Su vulva estaba completamente empapada. Sus jugos chorreaban por sus dedos, por su ano y manchaban las sábanas negras. El sonido húmedo y obsceno de sus dedos moviéndose llenaba la habitación.

Lirael ya no podía detenerse. Sus caderas se movían con más fuerza, follando su propia mano. Sus pechos rebotaban con cada movimiento. Tenía los ojos cerrados, la boca abierta en gemidos continuos, el cabello dorado blanco pegado a su frente por el sudor.

La lucha interna alcanzó su punto máximo:

Es un monstruo… mató a tu padre… devoró su corazón…

Pero su cuerpo respondía:

Se siente tan bien… tan caliente… tan profundo…

Aceleró el ritmo. Sus dedos entraban y salían más rápido, curvándose para tocar ese punto sensible en su interior. Su clítoris estaba hinchado al máximo, palpitando bajo sus caricias frenéticas.

—Ahh… ahh… ¡sí…! —gimió sin poder evitarlo.

El orgasmo se acercaba como una ola imparable.

Todo su cuerpo se tensó. Sus muslos temblaban violentamente. Sus dedos se movían a una velocidad desesperada dentro de su coño chorreante. Con la mano izquierda apretaba su pecho izquierdo con fuerza, pellizcando el pezón casi con dolor.

Entonces llegó.

Lirael arqueó la espalda con violencia, gritando de placer. Su vulva se contrajo con fuerza brutal alrededor de sus dedos. Un

chorro potente y claro de squirt salió disparado desde su coño, salpicando su mano, su muñeca y las sábanas. Otro chorro más fuerte le siguió, empapando sus muslos y llegando hasta su vientre. Su cuerpo se convulsionaba incontrolablemente mientras ola tras ola de placer la atravesaba.

— ¡Aaaahhh…! ¡Dioses…! —gritó, con los ojos en blanco y la boca abierta en un éxtasis absoluto.

Siguió frotando, sacando más chorros intermitentes que salían a presión de su vulva hinchada. Sus jugos eran abundantes, transparentes y calientes. Su ano se contraía con cada espasmo. Todo su cuerpo brillaba de sudor, sus pechos subían y bajaban agitadamente, sus pezones duros y enrojecidos.

El orgasmo duró casi un minuto entero, dejándola exhausta, temblando y sollozando.

Cuando finalmente terminó, Lirael se quedó tendida en la cama, con las piernas abiertas, su vulva roja e hinchada chorreando, y los dedos aún dentro de sí. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

— ¿Qué he hecho…? —susurró con voz rota, llena de vergüenza y placer residual—. ¿En qué me estoy convirtiendo…?

Desde los pequeños agujeros ocultos en la pared, Valthorak había observado cada segundo. Su polla gruesa estaba completamente erecta y goteando pre-eyaculación mientras se

masturbaba lentamente. Ver a su pura princesa corriéndose a chorros por primera vez había sido la visión más erótica de su vida.

Ver a su Flor pura tocándose por primera vez, corriéndose a chorros mientras pensaba en él, era más dulce que cualquier conquista.

Sonrió en la oscuridad, satisfecho.

—Pronto, mi amor… —susurró para sí mismo—. Muy pronto ya no necesitarás tu propia mano.

Capítulo 15: La Rendición de la Flor (Final)

Habían pasado tres meses desde la caída de Luminel.

Tres meses de seducción lenta, implacable y maestra por parte de Valthorak. Cada noche la visitaba. Cada día la sacaba a pasear por Karavoth, mostrándole más y más de su mundo oscuro. La obligaba a mirar orgías, pero también la tocaba suavemente: un roce en la cintura, un beso en el cuello, sus dedos grandes acariciando sus muslos por debajo del vestido mientras le susurraba al oído lo hermosa que era.

Lirael había luchado con todas sus fuerzas. Pero el deseo había ganado.

Ya no era la princesa pura y orgullosa. Era una mujer consumida por la lujuria que ella misma intentaba negar durante semanas. Sus noches se llenaban de masturbaciones cada vez más desesperadas, siempre pensando en él. Soñaba con su cuerpo enorme, con su voz ronca, con esa polla monstruosa que había visto tantas veces.

Una noche, en el Gran Salón de Karavoth lleno de sus guerreros, generales, Elowen, Lysandra, Seraphine y docenas de esclavas y nobles rotas, Lirael se quebró por completo.

Valthorak estaba sentado en su trono. Ella estaba de pie a su lado, vestida con un fino vestido blanco transparente que

dejaba poco a la imaginación. Todo el salón guardaba silencio, expectante.

Lirael temblaba. Sus mejillas ardían de vergüenza y excitación. Se arrodilló frente a Valthorak, levantó la mirada hacia él con los ojos llenos de lágrimas de rendición y deseo.

—Mi Rey… —su voz salió temblorosa pero clara—. He luchado contra esto durante meses. He odiado lo que eres. He odiado lo que me haces sentir. Pero ya no puedo más.

Todo el salón contuvo la respiración.

Lirael respiró hondo, con la voz quebrada por la humillación y la excitación:

—Te suplico… delante de todos… que me quites la virginidad. Quiero que seas el primero. Quiero que me tomes aquí, frente a tu gente, para que todos sepan que la Flor de Luminel te pertenece por completo. Por favor… desvirgame, mi Rey. Llename con tu semen.

Un murmullo de asombro recorrió el salón. Valthorak sonrió con una mezcla de triunfo, orgullo y hambre salvaje. Se levantó, la tomó en brazos y la besó por primera vez con verdadera pasión.

El Gran Salón de Karavoth estaba completamente en silencio. Cientos de ojos observaban la escena con avidez: guerreros, generales, esclavas, Elowen, Lysandra y Seraphine. Todos contenían la respiración.

Lirael, de pie junto al trono, temblaba visiblemente. Su respiración era entrecortada. Tras meses de seducción lenta, de regalos, susurros, caricias robadas y noches de placer solitario, la princesa ya no podía seguir luchando.

Se arrodilló frente a Valthorak con las mejillas ardiendo de vergüenza y deseo.

—Mi Rey… —su voz salió clara, aunque quebrada por la emoción—. He luchado contra esto durante meses. He intentado odiarte. He intentado recordarme quién era… pero ya no puedo más.

Levantó la mirada hacia él, con los ojos azules llenos de lágrimas de rendición absoluta.

—Te suplico, delante de todos… que me quites la virginidad. Quiero que seas el primero. Quiero que me tomes aquí, frente a tu corte, para que todos vean cómo la última princesa pura de Luminel se entrega completamente a ti. Por favor… desvirgame, mi Rey. Hazme tuya.

Un murmullo de asombro y excitación recorrió el salón.

Valthorak se levantó lentamente, imponente. Sus ojos de acero gris brillaban con triunfo, amor obsesivo y lujuria salvaje. La tomó en brazos y la besó.

Sus labios gruesos, calientes y firmes capturaron los de Lirael con hambre contenida. Al principio fue un beso dominante,

posesivo, casi brutal. Pero luego se suavizó, volviéndose más profundo, más lento, más íntimo. Su lengua gruesa invadió su boca, explorándola con maestría, enredándose con la de ella, saboreándola. Lirael gimió contra sus labios, respondiendo torpemente al beso. Sus manos pequeñas se aferraron desesperadamente a los hombros anchos y musculosos de él, como si temiera caerse.

Cuando separaron sus bocas, un hilo de saliva los conectaba. Lirael jadeaba, con los labios hinchados y enrojecidos.

Valthorak la llevó hasta el centro del salón, donde habían preparado una plataforma elevada cubierta de pieles negras y suaves. La depositó con cuidado, casi con reverencia, y comenzó a desnudarla lentamente frente a todos.

Cada prenda que caía provocaba suspiros y murmullos de admiración. Cuando el último trozo de tela resbaló por su cuerpo, Lirael quedó completamente desnuda. Su piel pálida brillaba bajo la luz de los braseros. Sus pechos firmes y redondos subían y bajaban con rapidez, coronados por pezones rosados completamente erectos. Su cintura estrecha, sus caderas suaves y femeninas, y entre sus muslos temblorosos, su vulva virgen ya estaba visiblemente mojada: los labios mayores hinchados y separados, los internos brillantes de sus jugos, su clítoris hinchado asomando tímidamente.

Valthorak se desnudó también. Su cuerpo colosal, marcado por cicatrices de innumerables batallas, provocó respeto y temor. Su polla de 24 centímetros estaba completamente erecta, gruesa como una muñeca, venosa, con el glande hinchado y morado brillando por la pre-eyaculación que goteaba sin parar.

Se arrodilló entre sus piernas abiertas. La besó de nuevo, bajando por su cuello sensible, mordiendo suavemente sus clavículas, hasta llegar a sus senos. Chupó con fuerza uno de sus pezones, succionándolo y mordisqueándolo, mientras su mano grande amasaba el otro. Lirael arqueó la espalda, gimiendo sin vergüenza.

—Mi Rey… por favor… —suplicó, con la voz rota por el deseo.

Valthorak bajó más. Besó su vientre plano, sus caderas, y finalmente separó sus muslos temblorosos. Miró su vulva virgen con pura reverencia.

—Tan hermosa… tan rosada… tan intacta… —murmuró con voz ronca.

Pasó la lengua lentamente por toda su hendidura. Lirael soltó un grito agudo de placer. Valthorak lamió con devoción absoluta: círculos firmes alrededor de su clítoris hinchado, penetrándola con la lengua gruesa, succionando sus labios internos hinchados. Bebió sus jugos dulces mientras ella se retorcía. La hizo correrse por primera vez con la boca,

sujetándola firmemente por las caderas mientras su cuerpo se convulsionaba y gritaba su nombre.

Cuando Lirael aún temblaba por el orgasmo, con su vulva chorreando, Valthorak se posicionó sobre ella. Su cuerpo enorme la cubría casi por completo. La cabeza gruesa, caliente y palpitante de su polla rozó la entrada virgen de Lirael, esparciendo su pre-eyaculación mezclado con los jugos de ella.

—Mírame —ordenó suavemente.

Lirael lo miró a los ojos, llena de miedo, deseo y amor retorcido.

—Dime que me deseas —susurró él.

—Te deseo… por favor… quítame la virginidad… hazme tuya de una vez.

Valthorak empujó lentamente.

El glande grueso y caliente presionó contra sus labios vaginales, abriéndolos obscenamente. Lirael soltó un gemido largo y tembloroso cuando sintió cómo centímetro a centímetro su enorme polla la invadía. Era inmensa. Su coño virgen se estiraba al límite alrededor de esa carne gruesa y venosa. Dolor ardiente y placer abrumador se mezclaban mientras él avanzaba sin prisa.

Cuando llegó a su himen, Valthorak la besó profundamente, tragándose sus gemidos, y empujó con firmeza.

Lirael gritó contra su boca cuando su virginidad se rompió. Un dolor agudo la atravesó, pero fue rápidamente reemplazado por una sensación de plenitud abrumadora. Un pequeño hilo de sangre virgen corrió por su muslo tembloroso. Valthorak se quedó completamente quieto dentro de ella, enterrado hasta los huevos, dejando que se acostumbrara a su tamaño. La besaba con ternura, susurrándole contra los labios:

—Ahora eres mía para siempre, mi Flor… Mi reina.

Comenzó a moverse. Embistidas lentas, profundas y controladas. Sacaba casi toda su longitud gruesa, dejando su coño abierto y vacío por un segundo, solo para volver a clavarla hasta el fondo. Lirael pasó del dolor al placer más intenso que había sentido en su vida. Sus uñas se clavaron en la espalda ancha de Valthorak. Sus piernas se envolvieron con fuerza alrededor de su cintura, atrayéndolo más profundo.

—Más… por favor… más fuerte… —suplicó entre gemidos.

Valthorak aceleró gradualmente. El sonido húmedo y obsceno de su polla gruesa entrando y saliendo del coño ahora usado de Lirael llenaba todo el salón. Sus huevos pesados golpeaban rítmicamente contra su ano. Cada embestida profunda hacía que su vientre se hinchara ligeramente.

Lirael gemía sin control, perdida completamente en el placer.

Finalmente, Valthorak rugió como una bestia. Empujó hasta el fondo, enterrando toda su longitud de 24 centímetros. Su polla palpitó violentamente dentro de ella y comenzó a eyacular con fuerza.

Chorros potentes, calientes y abundantes de semen espeso inundaron el útero virgen de Lirael. Ella se corrió al mismo tiempo, gritando su nombre mientras su coño se contraía con fuerza alrededor de la polla que la llenaba. Oleada tras oleada de semen caliente la llenaba hasta las entrañas, hinchando ligeramente su vientre. El exceso salía a presión alrededor de su miembro grueso, mezclado con su sangre virginal, chorreando en gruesos hilos blancos por sus muslos y formando un charco debajo de ellos.

Valthorak se quedó profundamente enterrado dentro de ella durante varios minutos, besándola suavemente, acariciando su cabello mientras ambos recuperaban el aliento.

—Te amo, Lirael —susurró contra sus labios hinchados.

Y por primera vez, ella respondió con total sinceridad, con la voz débil pero llena de placer:

—Y yo a ti, mi Rey… mi dueño… mi todo.

En el Gran Salón de Karavoth, bajo la mirada de todos sus súbditos, la princesa pura de Luminel había sido completamente conquistada, rota y reconstruida.

La Flor ya no existía.

Ahora solo quedaba la Reina de Valthorak.

Epílogo

Meses después de su completa rendición, en la lujosa torre que ahora era su dominio personal, la Reina Lirael yacía completamente desnuda sobre la enorme cama de sábanas negras de seda.

Se incorporó lentamente, apoyando la espalda contra el cabezal, y separó las piernas obscenamente frente a un espejo grande que había mandado colocar frente a la cama. Miró su propio reflejo con una sonrisa lasciva y empezó a hablar con voz ronca, sensual y cargada de placer, como si os hablara directamente a vosotros.

—Miradme bien… mirad en qué me he convertido.

Sus manos subieron primero hasta sus pechos. Los tomó con ambas manos, apretándolos, amasándolos con fuerza.

—Estos ya no son los pechos modestos de una princesa inocente. Ahora son tetas llenas, pesadas y obscenamente sensibles. Mirad cómo se desbordan entre mis dedos… cómo mis pezones rosados están tan duros que duelen. Cada vez que los pellizco —lo hizo, tirando de ellos con fuerza— siento una descarga directa en mi coño.

Bajó una mano por su vientre plano y terso, trazando la suave curva hasta llegar a su monte de Venus.

—Mi coño… —ronroneó, separando los labios mayores con dos dedos, exponiendo completamente su interior—. Ya no es esa florecita cerrada y virginal. Miradlo. Los labios mayores están hinchados y carnosos por tanto uso. Los labios internos, gruesos y rosados, cuelgan ligeramente, siempre húmedos. Mi clítoris… está tan hinchado que asoma como una pequeña perla roja, palpitando, suplicando que lo toquen.

Introdujo dos dedos en su interior y los movió lentamente, mostrando lo fácil que entraban.

—Está empapado… siempre. Mi Rey me ha follado tanto que ahora se abre solo con pensarlo. Escuchad el sonido… —metió y sacó los dedos varias veces, produciendo un sonido húmedo y obsceno— tan mojado, tan usado, tan puto.

Separó más las piernas, casi en posición de mariposa, y comenzó a masturbarse con descaro. Dos dedos entraban y salían de su coño mientras su otra mano frotaba su clítoris en círculos rápidos.

—Ahh… sí… mirad cómo me follo con mis propios dedos… imaginando que es la polla gruesa de mi Rey abriéndome… —gimió, acelerando el ritmo—. Siento cómo mis paredes se contraen alrededor de mis dedos… cómo mi clítoris palpita… cómo mis jugos chorrean por mi ano… estoy tan cerca…

Su respiración se volvió entrecortada. Sus caderas se movían con violencia, follando su mano sin ninguna vergüenza. Sus

pechos rebotaban pesadamente. Su cara era la imagen de la lujuria: ojos entrecerrados, boca abierta, lengua afuera.

— ¡Me voy a correr…! ¡Mirad cómo me corro para vosotros…!

El orgasmo la golpeó con brutalidad.

Lirael arqueó la espalda violentamente, gritando de placer. Su coño se contrajo con fuerza alrededor de sus dedos y entonces explotó.

Un chorro potente, claro y caliente salió disparado de su vulva, salpicando hasta su vientre y el valle entre sus pechos. Otro chorro aún más fuerte le siguió, empapando sus muslos y las sábanas. Siguió frotando frenéticamente mientras ola tras ola de squirt salía a presión de su coño abierto: chorros largos, continuos y abundantes que salpicaban todo a su alrededor. Su ano se contraía visiblemente con cada expulsión. Todo su cuerpo se convulsionaba sin control, sus piernas temblando, sus pechos agitándose.

— ¡Síííí! ¡Me corro como una puta…! ¡Mirad cómo chorrea mi coño…!

El orgasmo duró casi un minuto entero, dejando un gran charco brillante sobre las sábanas negras. Cuando por fin cesaron los espasmos, Lirael quedó tendida, jadeando, con las piernas abiertas y su vulva roja, hinchada y chorreando.

Sacó los dedos de su interior. Estaban completamente cubiertos de sus jugos espesos y brillantes. Con una sonrisa depravada, se los llevó a la boca y los chupó lentamente, uno por uno, saboreando su propio placer con gemidos de satisfacción. Pasó la lengua entre sus dedos, lamiendo hasta la última gota.

—Mmm… tan rico… —susurró, mirándoos directamente—. Esto es lo que soy ahora. La Reina Puta de Valthorak.

Se lamió los labios y sonrió con malicia.

—Si queréis ver cómo mi Rey me folla el culo hasta dejarlo abierto, cómo me deja embarazada de su semilla, cómo me comparte con Elowen y Lysandra, o cómo me convierten en la zorra más depravada y sin límites del reino… entonces tendréis que leer la segunda parte de esta historia.

Lirael separó nuevamente sus piernas, mostrando su coño aún palpitante y chorreante, y os guiñó un ojo.

—Os estaré esperando… bien abierta y empapada.

En un mundo consumido por la guerra,
los reinos caen uno tras otro bajo el avance
de un nombre que ya se ha convertido
en leyenda… y pesadilla.
Valthorak no conquista por gloria.
No busca honor, ni redención.
Solo desea poder absoluto.
Desde la oscura fortaleza de Karavoth,
el Rey Despiadado extiende su sombra
sobre tierras enteras, dejando ruinas,
miedo y silencio a su paso. Mientras nobles
y ejércitos se arrodillan ante su brutal
dominio, un último reino permanece intacto:
Luminel, el Jardín del Mundo.
Allí vive la princesa Lirael Valorian,
símbolo de pureza, esperanza y belleza
en un continente que ha olvidado la paz.
Pero cuando los ojos de Valthorak
se posan sobre ella, el destino de ambos
mundos comienza a cambiar para siempre.
Entre sangre, traición, deseo, ambición
y oscuridad, nacerá una historia donde
el amor y el horror caminarán de la mano.
Porque algunos reyes gobiernan
con coronas…
y otros con miedo.
BIENVENIDOS AL REINO DE
VALTHORAK
ISBN 978-1-234567-89-0
9 781234 567890